ROCKATMELLIO
¿Esto es un poema?
¡Esto es un poema!
Mano Izquierda Editores

Rockatmellio
¿Esto es un poema?
¡Esto es un poema!

Fotografía Portada: Jene Stephaniuk by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Jene Stephaniuk by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

ROCKATMELLIO

¿Esto es un poema?
¡Esto es un poema!

Mano Izquierda Editores

Índice

Presentación del autor
Pág. 5

¿Esto es un poema?
Pág. 6

¡Esto es un poema!
Pág. 84

Presentación del autor

Acercarse a la escritura de Rockatmellio es ingresar a un territorio donde la poesía funciona como un sismógrafo de las pequeñas catástrofes cotidianas. Partiendo de la pregunta, ***¿Esto es un poema?***, da rienda suelta al cauce cuasi infinito y caótico de las palabras que van cediendo ante imágenes que se concatenan unas con las otras, generando un amplio espectro lindante con la función telepática de las mismas palabras.

Rockatmellio señala que sus versos no buscan dar respuestas tranquilizadoras ni proveerles de un barniz frente al desgaste del tiempo. Lo cual lleva a responder la pregunta inicial: ¡Esto es un poema! donde los límites vanguardistas de sus versos se vuelven parte de un universo poético áspero, fractalizado, donde las palabras van cediendo ante el flujo de conciencia deliberado, premeditado y sin concierto alguno, como veremos en las repeticiones e iteraciones de las siguientes páginas.

Obra publicada con Mano Izquierda Editores: *Poemas Lisérgicos a la vera de un Traductor Online*, *Psicodélicamente Psicodelia*, *No todo está dicho en Rock*, *Asuntos Teológicos y otros asuntos* (en coautoría con Alondra Flores), *Aforismos de Formosa* de Huang Ming-Yi (como traductor y compilador), *Ming-Yi*.

Se encuentra en preparación una novela autobiográfica, del cual apenas tenemos el título: ***Rockatmellio Au Go Go***.

¿Esto es un poema?

El escroto de la tetería vertical murmura cartuchos de ópalo bajo los estornudos del meridiano, y un paralelepípedo de lana fucsia cruza la órbita del tenedor sin manijas, saltando hacia el zootropo de branquias magnéticas con la tiza del desierto electrónico donde parpadea el colibrí de tuercas, traspasando el pirulí de estroncio sobre los párpados del satélite obeso mientras la bicicleta ministerial disuelve el asfalto tibio de la hielera, conectando un xilófono de papel higiénico entre las patas del episcopado rectangular con burbujas de cartón piedra que rechinan contra el termómetro de los abuelos, hilvanando un gramo de neblina sintética por la alcantarilla del pentagrama ciego donde una flauta de hueso fósil mastica la catedral del martes, mientras Plutón de caramelo agrio se desploma bajo la falda del pararrayos donde el pentágono de sardinas desata la modorra del sismógrafo, amalgamando un rinoceronte de filigrana líquida con zapatos de cemento africano que ensartan el trombón de la nostalgia invisible bostezando sobre el microscopio de hojalata, zambulléndose en clavos y sandías tras el escaparate del oxígeno congelado con un paraguas de lana cruda que azota la ortografía del abismo, desparramando milímetros de ceniza magnética entre los dientes de la brújula y el archivador de ballenas cuadradas que rumia la pelusa del crepúsculo, girando hacia un zopenco de mercurio bajo las cejas

del compás eléctrico donde una jirafa de poliestireno aplaude la sopa de los planetas secos, atornillando terciopelo verde con el ala de la tostadora mientras un sándwich de neón interroga al reloj de arena sin arena, invocando al otorrinolaringólogo de gelatina tras el balcón del cometa trunco con un cartucho de pólvora blanda que mastica la geografía del ombligo, salpicando pararrayos de plastilina entre los radios del telescopio sordo donde el trombón de agua tibia desentierra el bigote del emperador de espuma, fabricando un zoológico de planchas de zinc con la manga del horizonte y un violín de corcho que diseca la melancolía del termostato, acumulando cenicero de nácar cúbico bajo la oreja del satélite mientras la escuadra de bofe rechina contra el latido del pentagrama sordo, engarzando papiro de mantequilla rancia entre los pulmones del semáforo con un camello de hule que desborda la geometría del sótano, estirando antenas de melancolía cúbica sobre el sombrero del estornino metálico donde la mandíbula del reloj disuelve la mermelada de los andamios, tejiendo galaxia de corcho mineral con la espina dorsal del sismógrafo mientras un pingüino ministerial abrillanta las tijeras del abismo, destilando hidrante de gelatina sorda entre las costillas del termostato y un cometa de cartón piedra que bosteza sobre el acordeón del martes, desatando burbuja de nafta estelar bajo los párpados del archivador con un paraguas de bofe que mastica la pelusa del meridiano, amalgamando un codo de estroncio líquido con la bujía del hipopótamo sintético que galopa sobre el teclado de la mermelada atómica, disolviendo brújulas de cartón mojado en el bolsillo del cometa ciego mientras una escoba de plumas nucleares barre los lunares del pentágono nocturno, cruzando fronteras de gelatina oxidada con zapatos

de plomo magnético que repican contra el espejo de la tetera vertical, perforando almíbar de bismuto con el paraguas del monje cuántico que estornuda esferas de fieltro azul, derritiendo acordeones de hojalata sobre el sombrero del mastodonte ministerial que bosteza cartuchos de salitre, tejiendo un columpio de alambre espinado para las mariposas de asbesto que habitan en el sótano del silbido, encendiendo bombillas de manteca rancia debajo del sismógrafo de uretano mientras la catedral de cartón piedra mastica la ortografía del miércoles, desenterrando caracoles de neón fosilizado con las pinzas del pulpo eléctrico que pilota la bicicleta de los abuelos, hilvanando un paralelepípedo de lana fucsia con las cejas del termómetro rectangular, El escroto de la tetería vertical murmura cartuchos de ópalo bajo los estornudos del meridiano, y un paralelepípedo de lana fucsia cruza la órbita del tenedor sin manijas, saltando hacia el zootropo de branquias magnéticas con la tiza del desierto electrónico donde parpadea el colibrí de tuercas, traspasando el pirulí de estroncio sobre los párpados del satélite obeso mientras la bicicleta ministerial disuelve el asfalto tibio de la hielera, conectando un xilófono de papel higiénico entre las patas del episcopado rectangular con burbujas de cartón piedra que rechinan contra el termómetro de los abuelos, hilvanando un gramo de neblina sintética por la alcantarilla del pentagrama ciego donde una flauta de hueso fósil mastica la catedral del martes, mientras Plutón de caramelo agrio se desploma bajo la falda del pararrayos donde el pentágono de sardinas desata la modorra del sismógrafo, amalgamando un rinoceronte de filigrana líquida con zapatos de cemento africano que ensartan el trombón de la nostalgia invisible bostezando sobre el microscopio de hojalata,

zambulléndose en clavos y sandías tras el escaparate del oxígeno congelado con un paraguas de lana cruda que azota la ortografía del abismo, desparramando milímetros de ceniza magnética entre los dientes de la brújula y el archivador de ballenas cuadradas que rumia la pelusa del crepúsculo, girando hacia un zopenco de mercurio bajo las cejas del compás eléctrico donde una jirafa de poliestireno aplaude de la sopa de los planetas secos, atornillando terciopelo verde con el ala de la tostadora mientras un sándwich de neón interroga al reloj de arena sin arena, invocando al otorrinolaringólogo de gelatina tras el balcón del cometa trunco con un cartucho de pólvora blanda que mastica la geografía del ombligo, salpicando pararrayos de plastilina entre los radios del telescopio sordo donde el trombón de agua tibia desentierra el bigote del emperador de espuma, fabricando un zoológico de planchas de zinc con la manga del horizonte y un violín de corcho que diseca la melancolía del termostato, acumulando cenicero de nácar cúbico bajo la oreja del satélite mientras la escuadra de bofe rechina contra el latido del pentagrama sordo, engarzando papiro de mantequilla rancia entre los pulmones del semáforo con un camello de hule que desborda la geometría del sótano, estirando antenas de melancolía cúbica sobre el sombrero del estornino metálico donde la mandíbula del reloj disuelve la mermelada de los andamios, tejiendo galaxia de corcho mineral con la espina dorsal del sismógrafo mientras un pingüino ministerial abrillanta las tijeras del abismo, destilando hidrante de gelatina sorda entre las costillas del termostato y un cometa de cartón piedra que bosteza sobre el acordeón del martes, desatando burbuja de nafta estelar bajo los párpados del archivador con un paraguas de bofe que mastica la pelusa del

meridiano, amalgamando un codo de estroncio líquido con la bujía del hipopótamo sintético que galopa sobre el teclado de la mermelada atómica, disolviendo brújulas de cartón mojado en el bolsillo del cometa ciego mientras una escoba de plumas nucleares barre los lunares del pentágono nocturno, cruzando fronteras de gelatina oxidada con zapatos de plomo magnético que repican contra el espejo de la tetera vertical, perforando almíbar de bismuto con el paraguas del monje cuántico que estornuda esferas de fieltro azul, derritiendo acordeones de hojalata sobre el sombrero del mastodonte ministerial que bosteza cartuchos de salitre, tejiendo un columpio de alambre espinado para las mariposas de asbesto que habitan en el sótano del silbido, encendiendo bombillas de manteca rancia debajo del sismógrafo de uretano mientras la catedral de cartón piedra mastica la ortografía del miércoles, desenterrando caracoles de neón fosilizado con las pinzas del pulpo eléctrico que pilota la bicicleta de los abuelos, hilvanando un paralelepípedo de lana fucsia con las cejas del termómetro rectangular, con paraguas de bofe que mastican la pelusa del meridiano, amalgamando engranajes de mantequilla sideral con las pezuñas del sismógrafo de neón que galopa sobre el teclado de la tetera cuántica, disolviendo brújulas de hojaldre en el bolsillo del cometa ciego mientras una escoba de plumas nucleares barre los lunares del pentágono nocturno, cruzando fronteras de gelatina oxidada con zapatos de plomo magnético que repican contra el espejo de la tetera vertical, perforando almíbar de bismuto con el paraguas del monje cuántico que estornuda esferas de fieltro azul, derritiendo acordeones de hojalata sobre el sombrero del mastodonte ministerial que bosteza cartuchos de salitre, tejiendo un columpio de alam-

bre espinado para las mariposas de asbesto que habitan en el sótano del silbido, encendiendo bombillas de manteca rancia debajo del sismógrafo de uretano mientras la catedral de cartón piedra mastica la ortografía del miércoles, desenterrando caracoles de neón fosilizado con las pinzas del pulpo eléctrico que pilota la bicicleta de los abuelos, hilvanando un paralelepípedo de lana fucsia con las cejas del termómetro rectangular que desborda espumas de bismuto magnético sobre el parachoques del caracol biónico, zambulléndose en la piscina de mercurio tibio donde el paraguas de hojalata mastica sándwiches de neón y poleas de fieltro, engranando tacones de cartón piedra con la mandíbula del sismógrafo estelar que vomita ceniza de mandarina rancia, perforando cataratas de alambre espinado con el violín de corcho que bosteza sobre el microscopio de los abuelos, retorciendo tubos de ensayo llenos de mermelada cuántica mientras el pingüino ministerial persigue escuadras de bofe por el desierto electrónico del pentagrama ciego, disolviendo brújulas de hojaldre en el bolsillo del cometa trunco que aplaude la gelatina del meridiano, amalgamando jirafas de poliestireno con el sándwich de uretano que estornuda cartuchos de ópalo, tejiendo columpios de manteca fosilizada para las mariposas de asbesto que pilotean la bicicleta del obispo rectangular, encendiendo bombillas de estroncio líquido debajo de la tetera vertical mientras un camello de hule desborda la ortografía del sótano, destilando hidrantes de plomo magnético entre las costillas del termostato que rumia la pelusa del crepúsculo, desatando burbujas de nafta estelar con las pinzas del pulpo eléctrico que galopa sobre el teclado de la mermelada atómica, perforando almíbar de bismuto con el paraguas del monje cuántico que estornuda

esferas de fieltro azul, derritiendo acordeones de hojalata sobre el sombrero del mastodonte ministerial que bosteza cartuchos de salitre, cruzando fronteras de gelatina oxidada con zapatos de plomo magnético que repican contra el espejo de la tetera vertical, encendiendo bombillas de manteca rancia debajo del sismógrafo de uretano mientras la catedral de cartón piedra mastica la ortografía del miércoles, desenterrando caracoles de neón fosilizado con las pinzas del pulpo eléctrico que pilota la bicicleta de los abuelos, hilvanando un paralelepípedo de lana fucsia con las cejas del termómetro rectangular que mastica la pelusa del meridiano, sacudiendo zootropos de branquias magnéticas con la tiza del desierto electrónico donde parpadea el colibrí de tuercas, traspasando pirulíes de estroncio sobre los párpados del satélite obeso mientras la bicicleta ministerial disuelve el asfalto tibio de la hielera, conectando xilófonos de papel higiénico entre las patas del episcopado rectangular con burbujas de cartón piedra que rechinan contra el termómetro de los abuelos, amasando milímetros de neblina sintética por la alcantarilla del pentagrama ciego donde una flauta de hueso fósil mastica la catedral del martes, mientras Plutón de caramelo agrio se desploma bajo la falda del pararrayos donde el pentágono de sardinas desata la modorra del sismógrafo, amalgamando rinocerontes de filigrana líquida con zapatos de cemento africano que ensartan el trombón de la nostalgia invisible bostezando sobre el microscopio de hojalata, zambulléndose en clavos y sandías tras el escaparate del oxígeno congelado con un paraguas de lana cruda que azota la ortografía del abismo, desparramando ceniza magnética entre los dientes de la brújula y el archivador de ballenas cuadradas que rumia la pelusa del crepúsculo, girando hacia

zopencos de mercurio bajo las cejas del compás eléctrico donde jirafas de poliestireno aplauden la sopa de los planetas secos, atornillando terciopelo verde con el ala de la tostadora mientras sándwiches de neón interrogan al reloj de arena sin arena, invocando otorrinolaringólogos de gelatina tras el balcón del cometa trunco con cartuchos de pólvora blanda que mastican la geografía del ombligo, salpicando pararrayos de plastilina entre los radios del telescopio sordo donde el trombón de agua tibia desentierra el bigote del emperador de espuma, fabricando zoológicos de planchas de zinc con la manga del horizonte y violines de corcho que disecan la melancolía del termostato, acumulando ceniceros de nácar cúbico bajo la oreja del satélite mientras escuadras de bofe rechinan contra el latido del pentagrama sordo, engarzando papiros de mantequilla rancia entre los pulmones del semáforo con camellos de hule que desbordan la geometría del sótano, estirando antenas de melancolía cúbica sobre el sombrero del estornino metálico donde mandíbulas de reloj disuelven la mermelada de los andamios, tejiendo galaxias de corcho mineral con la espina dorsal del sismógrafo mientras pingüinos ministeriales abrillantan las tijeras del abismo, destilando hidrantes de gelatina sorda entre las costillas del termostato y cometas de cartón piedra que bostezan sobre el acordeón del martes, desatando burbujas de nafta estelar bajo los párpados del archivador con paraguas de bofe que mastican la pelusa del meridiano, y desparramando al mismo tiempo estornudos de estroncio sobre el sismógrafo de cartón mojado mientras un pingüino de fieltro negro galopa montado en un tiburón de mermelada cósmica que mastica los tornillos de la octava dimensión y desatando cataratas de alambre espinado sobre las cejas del

termómetro biónico que mastica caracoles de neón fosilizado mientras un batallón de teteras ministeriales cruza la frontera del sismógrafo de uretano con zapatos de cemento magnético que resbalan por la mermelada atómica del pentagrama ciego, hilvanando columpios de manteca sideral con las pezuñas de un camello de hule que galopa sobre el teclado de la tetera cuántica, disolviendo brújulas de hojaldre en el bolsillo del cometa trunco que aplaude la gelatina del meridiano, amalgamando jirafas de poliestireno con sándwiches de neón que estornudan cartuchos de ópalo, tejiendo pantallas de asbesto para las mariposas de corcho mineral que pilotean la bicicleta del obispo rectangular, encendiendo bombillas de estroncio líquido debajo del balcón del cometa trunco mientras un pulpo eléctrico desborda la ortografía del sótano con tentáculos de bismuto rancio, destilando hidrantes de plomo magnético entre las costillas de un termostato fosilizado que rumia la pelusa del crepúsculo, perforando almíbar de cartón piedra con paraguas de lana cruda que azotan los dientes de la brújula y el archivador de ballenas cuadradas, derritiendo acordeones de hojalata sobre el sombrero del mastodonte de fieltro azul que bosteza cartuchos de salitre, cruzando fronteras de gelatina oxidada con escobas de plumas nucleares que barren los lunares del pentágono nocturno, encendiendo bombillas de manteca rancia debajo del sismógrafo de uretano mientras catedrales de papel higiénico mastican la ortografía del miércoles, desenterrando caracoles de neón con pinzas de pulpo sintético que pilotan la bicicleta de los abuelos, hilvanando paralelepípedos de lana fucsia con cejas de termómetro rectangular que desbordan espumas de estroncio magnético sobre el parachoques del caracol de bofes, zambulléndose en piscinas

de mercurio tibio donde paraguas de hojalata mastican sándwiches de uretano y poleas de mantequilla rancia, engranando tacones de cartón piedra con la mandíbula de un sismógrafo estelar que vomita ceniza de mandarina cuántica, perforando cataratas de alambre espinado con violines de corcho que bostezan sobre microscopios de hojalata, retorciendo tubos de ensayo llenos de mermelada atómica mientras pingüinos ministeriales persiguen escuadras de bofe por el desierto electrónico del pentagrama ciego por el desierto electrónico del pentagrama ciego, amalgamando polvos de estetoscopio sideral con las branquias de un paraguas de hojaldre que bosteza cartuchos de bismuto magnético sobre la nuca del caracol biónico, mientras torcimos escobas de manteca rancia para barrer los lunares del termómetro de uretano que galopa con zapatos de cemento líquido por la alcantarilla del cometa trunco, destilando mermelada atómica de murciélago cuántico entre los radios del telescopio sordo donde el obispo rectangular aplaude sándwiches de fieltro azul, perforando cataratas de alambre espinado con la mandíbula de un sismógrafo de cartón piedra que vomita ceniza de mandarina fosilizada sobre el sombrero del mastodonte ministerial, hilvanando columpios de neón trunco para las mariposas de asbesto que pilotean la tetera vertical con tentáculos de bofes metálicos, encendiendo bombillas de estroncio líquido debajo de la bicicleta de los abuelos mientras pingüinos de mantequilla rancia desbordan la geometría del sótano con espumas de nafta estelar, desenterrando caracoles de poliestireno con las pinzas de un pulpo eléctrico que repica contra el espejo del pentágono nocturno, zambulléndose en piscinas de mercurio tibio donde zootropos de bofes magnéticos mastican

la pelusa del meridiano y poleas de tiza electrónica rechinan contra el latido del termostato ciego, fundiendo acordeones de hojalata con la espina dorsal de un camello de hule que estornuda esferas de fieltro atómico sobre el parachoques de la brújula ministerial, y desatando por fin un cataclismo de alambre de púas y mantequilla sideral que disuelve la última sílaba del universo en el fondo de una taza de café sin fondo ni paredes ni memoria, bajo el farol de mercurio la jirafa azul mastica un relámpago de terciopelo; sin embargo, el barómetro canta una nana para los clavos que olvidaron su sombra en el bolsillo de un martes. La espuma cuántica del perejil se desliza por la escalera de caracol mientras los miércoles, con sus guantes de niebla, cuentan las monedas que el río escupió sobre la acera de un idioma inexistente, el "brumazol", que se conjuga solo cuando llueve hacia arriba. Una cuchara de plomo derrite el horizonte en la taza de un general sin ejército, y las bisagras del viento rechinan como un coro de esquinas oxidadas. El mercurio del espejo se aburre de reflejar la paciencia de un zapato huérfano, así que decide bordar constelaciones de orina sobre el mantel de una boda entre el número siete y un cubo de hielo furioso. Los paraguas abiertos dentro de la boca de un hipopótamo de cristal proyectan sombras de mermelada sobre la frente de un reloj que da las horas en sánscrito lunar; no obstante, la harina de huesos de mariposa se mezcla con la tinta de un calamar que escribe memorias de un pétalo. El jardinero de las uñas corta las raíces del eco para que el silencio no aprenda a silbar, y las mangueras del deseo riegan las baldosas donde crecen los botones de nácar que abrochan la noche al mediodía. Un tren de azúcar parte de la estación "Vértigo" con destino a la elipsis de un murciélago que colecciona si-

renas de bomberos; en el vagón comedor sirven sopa de números primos con picatostes de hielo. La geometría del dolor es un triángulo con los ángulos cosidos a la espalda de un pez volador que sueña con ser estantería. Las persianas de la piel se bajan para que no entre el polen de los diccionarios, y las teclas del piano se derriten sobre la partitura de un naufragio aéreo. El capitán de las hormigas lee el horóscopo de una escoba que baila tango con una cerradura, mientras la corteza terrestre se estira como un chicle mordido por un dios de bolsillo. Los tornillos de la luz giran en sentido contrario a las agujas de un gramófono que reproduce el olor de un adjetivo. La seda de la avispa se enreda en el mástil de un velero que navega por el desierto de los nombres propios; y es que la marea de los almanaques sube hasta la rodilla de un camello que vende boletos para el crepúsculo. La pólvora del llanto explota en la bodega de un corsé, y las chispas encienden la cola de un cometa que se afeita con una navaja de mantequilla. El carnicero de los sueños corta filetes de insomnio para alimentar a las farolas que alumbran el camino hacia la nada, ese lugar donde los perros ladran en clave morse. Las arterias del mapa se abren para que escape la tinta roja de los meridianos, y las costuras del horizonte se deshacen bajo el peso de una pluma de elefante. El cirujano de las olas opera a un pez de corcho para extirparle una risa de metal, mientras la anestesia es un vals de escarcha sobre las encías de un volcán. Los alambres de púas florecen en los balcones de un manicomio de estatuas, y los pétalos son esquirlas de espejo que reflejan el hambre de una ecuación. La carretera se enrolla en el carrete de una caña de pescar nubes, y el anzuelo es un dedo que señala la boca de una alcancía rellena de silencio. Las hormigas de la sal invaden el rei-

no del azúcar y proclaman la república de los granos de arena que no caben en el reloj. Un rey sin corona se sienta en el trono de una bañera con patas de gallo y bebe el caldo de un himno nacional. Las sábanas del mar se arrugan cuando el viento las pisa con sus zapatos de espuma, y el dobladillo de la playa se cose con hilo de cangrejo. El relojero de los astros aceita los engranajes de Júpiter para que no se oxide con el llanto de un cometa. La sombra de una rosa se alarga hasta tocar la nuca de un fantasma que tiene miedo de su propia sábana. Las gotas de tinta caen sobre la servilleta de un restaurante donde el menú ofrece "fósiles de aliento" y "sorbete de brújula". El maître es un maniquí con ojos de cebolla y un delantal hecho de billetes sin circular. La cocina es un quirófano donde se amputan las alas a los verbos, y el postre es un pedazo de luna cubierto con salsa de ceniza. Los comensales son barcos de papel que se hunden en un vaso de agua salada, mientras el capitán de la mesa pide la cuenta al cadáver de un loro que solo sabe decir "perejil". La propina es una estrella de mar disecada con un mensaje en clave de "jabón". El aparcacoches es un pulpo con chaleco de lentejuelas que estaciona las bicicletas del arcoíris. Las ruedas son rosquillas de hierro que muerden la nuca del asfalto. El semáforo de la esquina parpadea en un dialecto de colores inventados, el "rojoverdazul", que solo entienden los topos con gafas de sol. La acera se derrite como un caramelo de brea, y los peatones dejan huellas de plastilina en el cemento de la tarde. Una abeja de hojalata fabrica miel con el óxido de una campana, y el panal es un nido de cerraduras que guardan el zumbido de una sinfonía. El director de orquesta es un esqueleto con batuta de regaliz y una partitura en blanco donde solo están escritos los silencios; los mú-

sicos son balanzas que pesan la gravedad de un violín, y el público está compuesto por candelabros que aplauden con sus llamas. El teatro se llena del humo de las butacas, y el escenario se desmorona como un castillo de aspirinas. El telón es una cortina de humo que esconde a un mago sin trucos, solo con un sombrero lleno de llaves que no abren puertas sino heridas. El conejo es un reloj de pulsera que da la hora en "nuncas" y "quizás", y la chistera es un embudo por donde se cuela el infinito. La escalera de incendios sube hasta la azotea del cerebro, y en el último peldaño hay una puerta que da al interior de una manzana. El gusano que vive ahí toca el acordeón y canta una ópera sobre la caída de una migaja; el estómago de la manzana es un cine donde proyectan la película de una gota de rocío. El proyector es una luciérnaga con el vientre lleno de fotogramas de nieve, y la pantalla es una telaraña que tiembla con el beso de un pulgar. El acomodador es una hormiga con linterna que guía a los espectadores, que son semillas de sésamo, hasta sus butacas de miga. La película es un documental sobre la vida de un guijarro que sueña con ser montaña. El guijarro se cae de un bolsillo roto y rueda por la alcantarilla del destino, donde se encuentra con un botón que extravió su ojal. El botón se casa con un imperdible y tienen hijos que son alfileres sin cabeza; la boda se celebra en una caja de cartón forrada con billetes de metro, y los invitados son caracoles que cargan espejos en sus caparazones. El pastel es de cerámica y las velas son mechas de dinamita que encienden los suspiros. La novia llora lágrimas de vaselina, y el novio baila un vals con una percha. La música la pone un grillo que toca el serrucho con un arco de cabello de sirena. El vals termina cuando el reloj de cuco estornuda y de su boca salen doce

enanos que barre el polvo del pasado. El polvo se acumula en los párpados de una estatua que parpadea cada vez que un tren pasa por un túnel de caramelo; el maquinista es un cangrejo que toca la bocina con el himno de un país sumergido. Los rieles son dos serpientes que se tragan la cola mutuamente, y las traviesas son rebanadas de pan duro. El tren se detiene en la estación "Última Palabra", donde un jefe de estación de mármol vende boletos a un paraíso de alambres. El equipaje es una maleta llena de vacío, y su dueño es un eco que busca una montaña donde morir. El andén está lleno de maletas vacías que ladran a la luna, y la luna es un queso de hule que cuelga del techo de la boca de un gigante dormido. El gigante ronca y sus ronquidos son olas que rompen contra la orilla de una taza de café; la cafeína es un veneno para los dinosaurios de papel que pastan en los prados de una enciclopedia. El volumen "A" está abierto en la página de "Ancla", y un pequeño marinero de tinta se lanza al mar de la página para pescar una letra. Su caña es un espagueti y su anzuelo es una interrogación; el pez que pica es una coma que se retuerce en el aire del párrafo. El pescador la mete en un balde de puntos suspensivos y se la lleva a su casa, que es un asterisco. La cocina es un párrafo sin punto final, y la cama es un renglón torcido. El marinero duerme y sueña que es una letra mayúscula en un poema sin sentido, y al despertar descubre que todo el libro se ha quedado en blanco. Las palabras se fugaron por un agujero en la contraportada, y ahora vagan por el desierto de una mesa. El desierto es de azúcar morena, y las dunas son montículos de canela; las caravanas de hormigas rojas cruzan el desierto cargando granos de arroz que brillan como perlas. Al frente va un escarabajo tuerto que toca la flauta con sus antenas; la

música es una serpiente de humo que se enrosca en el cuello de una botella vacía. La botella tiene un mensaje dentro: es una receta para cocinar "sopa de viento". Los ingredientes son: tres tazas de silencio, dos cucharadas de aullido, un pellizco de olvido, y una pizca de "nunca jamás". Se mezcla todo en una olla de barro y se deja hervir hasta que se evapore. El vapor es un fantasma con forma de caracol que se arrastra por el techo de la cocina; la cocinera es una muñeca de trapo que enciende el fogón con un fósforo mojado en saliva de colibrí. El fuego es de color azul y no quema, solo enfría; las llamas son carámbanos que se derriten en lágrimas de mercurio. La muñeca llora y sus lágrimas caen en la sopa, que se transforma en un espejo donde se refleja la espalda de un pez que nada en el aire. El pez es de tela y tiene ojos de botón; vuela por la cocina persiguiendo a una mosca de hierro. La mosca se posa en la nariz de la muñeca, y el pez la atrapa con su boca de cremallera; el sonido de la cremallera al cerrarse es un trueno en miniatura que despierta a un gato de escayola. El gato bosteza y de su boca salen burbujas de aceite, y en cada burbuja viaja un recuerdo ajeno: un recuerdo es una escalera de caracol en un bosque de antenas; otro, un paraguas roto en la azotea de un idioma; otro, la mancha de un helado derretido en la rodilla de una estatua. Las burbujas estallan y sueltan sus recuerdos, que caen como confeti sobre la frente de un buzo que camina por el desván. El buzo lleva una escafandra llena de humo, y en su espalda un tanque de aire comprimido con suspiros. Respira profundo y se sumerge en el suelo de madera, nadando entre las vetas como si fueran corrientes marinas. En el fondo encuentra una botella con otro mensaje: "mañana es un martes de hojalata". El buzo asciende y al quitarse la esca-

fandra descubre que su cabeza es un reloj de arena. Las horas se le escurren por las orejas y forman un charco de minutos en el suelo; un minuto se escapa y corre por el pasillo como un ratón dorado. El ratón se mete en un agujero de la pared, y del agujero sale una serpiente de terciopelo que silba una canción de cuna. La canción está hecha de "sies" y "noes" que se anudan en la garganta de un pozo; el pozo está lleno de letras caídas de un cartel de neón. Las letras forman una palabra que nadie puede pronunciar: "Zalambrujo". Es una palabra que solo existe cuando un ojo parpadea y una cerradura tose al mismo tiempo. Un coleccionista de palabras la atrapa con una red de araña y la encierra en un frasco de vidrio soplado por un aliento de dragón; el dragón vive en el cajón de un escritorio y escupe fuego cuando alguien escribe la palabra "adiós". El coleccionista vende sus palabras en un mercado flotante, y el cliente más asiduo es un libro en blanco que quiere llenarse de cicatrices; cada palabra comprada es una cicatriz en su lomo, y el libro sueña con ser ilegible. El mercado se celebra sobre una balsa de corcho, y los puestos son caracolas que ofrecen "margaritas de sal" y "corazones de repuesto". El vendedor de corazones es un espantapájaros con una balanza que pesa los latidos; un cliente le pide un corazón que no sienta, y el espantapájaros le da una piedra pómez envuelta en papel de lija. El cliente paga con una moneda que tiene dos caras idénticas, y al irse tropieza con una raíz de aire. La raíz de aire crece hacia abajo, hacia el centro de la tierra, donde hay un jardín de gravedad. En ese jardín florecen "espejos ciegos" y "relojes con sabor a menta"; el jardinero es un topo con gafas de buzo que riega las plantas con té de orquídeas. El té es servido en una taza sin fondo, y al beberlo se escucha el eco

de una montaña que se afeita. La montaña usa una navaja de escarcha y se afeita la barba de nubes; los pelos de nube caen y se convierten en ovejas de espuma que pastan en el prado del viento. El pastor es un niño de cera que silba con una flauta de fémur; la melodía es una escalera que sube hasta la oreja de un sordo. El sordo escucha la melodía con los codos y decide bailar un tango con una silla rota; la silla tiene tres patas y un paraguas; el tango es tan triste que las farolas se apagan y los gatos se ponen a ladrar. Un gato ladra a la luna y la luna le responde con un maullido de hielo; el maullido se congela en el aire y cae como un carámbano sobre la cabeza de un maniquí. El maniquí se parte en dos, y de su interior salen cientos de mariposas de plomo; las mariposas vuelan torpemente y chocan contra las paredes de una habitación redonda. La habitación está empapelada con periódicos del año "ninguno", y los titulares anuncian "la llegada de un cometa de hilo". El cometa de hilo cruza el cielo de la habitación y deja una estela de botones; los botones caen sobre la cama de un rey destronado que colecciona migas de pan. El rey pega las migas en un álbum y las clasifica por su crujido; cada crujido es una provincia de su reino. Su reino es un mapa dibujado en el dorso de una tortuga que camina hacia atrás; la tortuga cree que avanza hacia el pasado y se encuentra con un dinosaurio de papel maché. El dinosaurio tose y de su boca sale una nube de serrín; el serrín se transforma en un desierto de aserrín donde los granos son relojes diminutos. Cada reloj marca una hora distinta: la hora de la avispa, la hora del pedernal, la hora del suspiro ajeno. Un coleccionista de horas atrapa una con una red y se la guarda en el bolsillo del chaleco; su chaleco está hecho de paracaídas y billetes de banco, y cada botón es un

ojo que no parpadea. El coleccionista es sordo, mudo y ciego; se comunica por el olor de las esquinas y camina con un bastón de caramelo que se derrite al tocar el suelo. Deja un rastro de dulce que atrae a las hormigas con esmoquin; las hormigas forman un comité y discuten sobre la caída de los imperios de miga. El presidente del comité es un grillo con una pata de palo que toca el tambor con su muleta; el ritmo es un galope de caballos de mar por la estepa de una cama sin tender. Las sábanas forman dunas donde se estrellan barcos de papel de aluminio; los náufragos son alfileres que flotan a la deriva en un mar de hilachas. Una hilacha se engancha en el ojal de un cadáver exquisito y lo arrastra hasta la orilla de un poema. El poema se escribe solo con tinta de calamar sobre un pergamino de piel de naranja; las letras son hormigas que se mueven y reorganizan, formando la palabra "efímero". La palabra se desvanece al ser leída, y en su lugar queda un vacío con sabor a plomo. El vacío se puede llenar con una cucharada de "azul noche", una especia que se vende en el mercado de los párpados. El vendedor es un búho que cobra con plumas de oro y entrega las especias en bolsas de telaraña; la telaraña es tejida por una araña que vive en la comisura de una boca. La boca pronuncia una palabra secreta: "tornasol". Y al pronunciarla, todo el poema se enrolla sobre sí mismo como un pergamino que se traga su propia cola, enrollado, tose una plumilla de mercurio que se clava en la yema de un índice sin dueño; y es que la tinta, harta de ser sombra, decide volverse escalofrío y recorre la espalda de un maniquí de escarcha que silba una tonada para disecar relámpagos. Mientras tanto, una legión de paraguas con rodillas de alambre desfila por la avenida de los ombligos, y cada paso suyo despierta a un tambor de nata

que late en sordina bajo las baldosas de un cielo descosido. Los botones del alba se desprenden uno a uno de la camisa de un náufrago de escaparate, y al caer rebotan contra el eco de una sandía de yeso que alguien olvidó en la repisa del verbo "llorar". Sin relación alguna, el sereno de los pulgares apaga las farolas de canela con un soplo de alambre dulce, mientras un séquito de peines viudos peina la melena de una tormenta de aserrín; la tormenta, agradecida, escupe una moneda de niebla que rueda hasta el bolsillo de un andamio sin obra. El andamio sostiene el peso de una jirafa de hojalata que come uvas de cristal, y cada uva mordida es un semáforo que se traga su propia luz verde; por eso las avenidas del insomnio se llenan de peatones de corcho que caminan con los codos y saludan a las alcantarillas. Una alcantarilla estornuda y de su garganta salen volando cien cucharillas de estaño que van a posarse en la rama de un árbol genealógico de menta; el árbol da como fruto pequeños buzones donde anidan los acentos de una lengua muerta. Un cartero de mantequilla abre uno de esos buzones y saca una carta dirigida "al silencio que vive en la suela de un zapato izquierdo"; la carta está escrita con tinta de suspiro y huele a viernes de lija. El cartero la guarda en su morral de bruma, donde también lleva un telegrama para la rodilla de una montaña y una postal de un volcán peinado con raya en medio. Mientras camina, sus pasos derriten la acera de azúcar y dejan un rastro de pececillos de hule que muerden los tobillos de los postes de telégrafo. Los postes, ofendidos, se quitan los zapatos de porcelana y arrojan sus cables al mar de una taza de café con leche; el mar, al recibirlos, eructa una isla de corcho donde un faro de plastilina alumbra la siesta de un ancla. El ancla sueña que es un tenedor y trincha

el filete de una nube baja; el jugo de la nube gotea sobre el bigote de un general sin guerra que colecciona botones de uniformes ajenos. Cada botón es una batalla perdida contra la costumbre de amanecer; por eso el general guarda su bigote en una caja de zapatos llena de serrín y de algodón de azúcar. La caja, a su vez, está forrada con la piel de un diccionario bilingüe que solo traduce del "idioma de las bisagras" al "dialecto de los miedos sueltos". Un traductor de guantes rotos se sienta sobre la caja y traduce un bostezo de la madera; el resultado es una esquela donde se anuncia la muerte de un adjetivo por exceso de sol. Los deudos son sustantivos con corbata de luto que lloran lágrimas de tiza; cada lágrima, al caer, escribe en el suelo la palabra "quizás". Un barrendero de pestañas recoge las palabras con una escoba de espinas y las echa en un cubo lleno de "nuncas". El cubo se rebosa y las palabras huyen en fila india hacia una boca de riego; la boca de riego abre sus labios de bronce y bebe un sorbo de ortografía. Al instante, del otro lado de la ciudad, un embudo escupe un río de letras desordenadas que forman la frase "mañana lloverá alpiste". Y llueve: caen granos de alpiste dorado sobre los sombreros de los espantapájaros de oficina; los espantapájaros llenan sus bolsillos con alpiste y alimentan a los gorriones de hojalata que anidan en los cajones de un archivo muerto. Cada gorrion es un expediente que canta, y su canto es un sello de lacre que se derrite sobre el pulgar de un notario de humo. El notario da fe de que la lluvia de alpiste no moja, solo cose; y cose los dobladillos de las hojas caídas, y cose los párpados de los buzones, y cose la boca de los volcanes con hilo de merengue. Una costurera de espejismos maneja la aguja, y su dedal es un dedal de luna llena; cada puntada es un eclipse en

miniatura que oscurece la palma de una mano abierta. La mano, al cerrarse, atrapa un pedazo de oscuridad y lo guarda en un frasco de mermelada vacío; el frasco se guarda en el bolsillo de un abrigo sin cuerpo, y el abrigo camina solo por el pasillo de un hotel de hielo. En la habitación catorce, un colchón de plumas de mármol espera a un huésped de viento; el huésped llega en una maleta de cuerdas vocales y se registra con el nombre de "Paréntesis". Su firma es un remolino de tinta que se traga al recepcionista, un pingüino de porcelana con corbata de moño. El pingüino, ya dentro del remolino, nada entre letras sueltas y signos de puntuación; un punto y coma le muerde la aleta, y una coma le hace cosquillas en el pico. Al salir, escupe una tilde que se posa sobre la "o" de la palabra "olvido". La palabra, al ser acentuada, cambia de color y se vuelve un insecto que zumba alrededor de una lámpara de queroseno. La lámpara es el ojo de un cíclope de corcho que vigila la entrada de un laberinto de pelusas; cada pelusa es un hilo de historia sin contar, y los hilos se enredan en las ruedas de un carrito de helados vacío. El heladero es un esqueleto con delantal de paja que vende "helado de polvo" y "nieve de estribillo"; los clientes son ecos que pagan con monedas de hielo y reciben de cambio un escalofrío. Un niño de goma mastica su helado y su muela se llena de copos de silencio; al escupirlos, los copos se convierten en palomas de alambre que vuelan hacia la veleta de un campanario sumergido. El campanario toca la hora con una campana de azúcar, y el sonido es un jarabe que se derrama sobre el lomo de una ballena de fieltro. La ballena nada en un vaso de agua de colonia y expulsa por el espiráculo un arcoíris de tinta china; el arcoíris se enreda en las astas de un ciervo de papel de lija. El ciervo corre

por un bosque de percheros, y en cada rama cuelga un abrigo vacío con un suspiro en el bolsillo; los suspiros se escapan y forman una nube de "ayes" que vaga sobre el estanque de una lágrima. En el estanque flotan nenúfares de miga de pan, y sobre cada nenúfar hay una rana de porcelana que toca el arpa con sus patas de alambre; la melodía es una escalera de caracol que sube hasta el balcón de una ausencia. La ausencia lleva un vestido de gasa de cebolla y un sombrero de corteza de pan; en la mano sostiene una vela apagada que sin embargo alumbra el camino de los caracoles. Los caracoles, cargando sus casas de espejos rotos, avanzan hacia un horizonte de cremallera; el horizonte se abre y cierra, mostrando a ratos una playa de botones de nácar. En la playa, los cangrejos tejen redes de baba de estrellas para atrapar los párpados de la marea; la marea, al retirarse, deja al descubierto un piano enterrado en la arena. El piano toca solo una nota: un "do" de terciopelo que se clava en la suela de un verano; el verano, herido, cojea hacia una farmacia de turno. El farmacéutico es un camaleón con bata de plumas que vende jarabes de "no me acuerdo" y pastillas de "por si acaso"; receta una cucharada de miedo dulce cada ocho minutos. El verano paga con una puesta de sol falsificada y se va con su receta bajo el brazo, dejando un rastro de hojas secas que tosen. Una hoja seca tose tan fuerte que se deshace en polvo de estornino; el polvo se arremolina y forma un pequeño diablo de polvo que baila sobre la calva de un señor de miga de pan. El señor estornuda y de su nariz sale un tren de mercancías cargado de nubes de repuesto; el tren silba y las nubes se asustan, desprendiéndose del convoy y flotando hacia un matadero de ángeles de yeso. Los ángeles, al verse libres, se arrancan las alas de caramelo y las plantan

en un huerto de suspiros; de las alas brotan plantas de "ayer" con flores de "todavía no". Un jardinero de párpados cosecha las flores y las vende en un puesto de la feria del insomnio; el puesto está hecho de regalices y el toldo es la lengua de un gigante de goma. Los clientes son sombras de lámparas rotas que cambian flores por cucharaditas de eco; el eco, al ser cambiado, se queja y su queja es una pelusa que se enreda en el bigote de un pez de escayola. El pez, que está colgado en la pared de un restaurante vacío, abre la boca y de ella sale un camarero de hielo con una bandeja llena de números. El camarero sirve el número "tres" con salsa de vértigo y el número "siete" con guarnición de pestañas; un comensal de niebla prueba el "tres" y su lengua se vuelve un triángulo equilátero. Con la lengua-triángulo, pide la cuenta al camarero, que es en realidad un reloj de arena con chaleco; la cuenta está escrita en una servilleta con tinta de "sin embargo". El comensal paga con un billete de humedad y deja de propina un pensamiento que no le pertenece; el pensamiento, al quedarse solo, se pone a silbar una canción de cuna para las espinas. Una espina, conmovida, se desprende de su rosal y se convierte en el mástil de un barco de botella; el barco zarpa por el mantel de un banquete de obispos de papel. Los obispos bendicen la sopa con un tenedor de doce púas, y el vapor de la sopa es un coro de narices que cantan en fa sostenido. La nota musical se desprende de la partitura y vuela como un moscardón de oro hacia una colmena de espejos; en la colmena, las abejas fabrican miel de "por qué", un dulce amargo que se unta en las tostadas de un desayuno sin testigos. Quien desayuna es un verbo irregular sentado a la mesa de un idioma olvidado; su taza es un cráter en miniatura lleno de "ojalá" con leche. Al beber,

el verbo se conjuga sin querer y su pasado se derrama sobre el mantel, manchando la blancura con una geografía de manchas: una mancha es el mapa de una isla que no existe, otra es la huella de un pulpo en bicicleta, otra es la sombra de un suspiro congelado. El mantel se arruga y las manchas se juntan, formando un archipiélago de tinta que navega sobre la mesa; el archipiélago naufraga en un vaso de agua, y del vaso surge una mano de alga que saluda a un reloj de cuco. El cuco sale de su casa y anuncia la hora: "las dos y pico de un martes de terciopelo". Al oírlo, los muebles se ponen de pie y aplauden con sus bisagras; una silla aplaude tan fuerte que se rompe una pata y de la pata rota sale un chorro de serrín. El serrín se convierte en un desierto donde un camello de lija busca una aguja de pajar; la aguja está clavada en el ojo de una cerradura por la que se escapa el vapor de una plancha. La plancha, sin dueño, alisa las arrugas del viento; el viento, ya planchado, es una sábana que ondea en el tendedero de un patio sin casa. En la sábana están bordadas las iniciales de un naufragio, y el hilo del bordado es un camino de hormigas que sube por la cuerda del tendedero. Las hormigas llegan al tejado y se encuentran con una veleta en forma de pez globo; el pez globo se hincha y suelta un pedo de polen. El polen fecunda las nubes y nacen nubarrones de leche; llueve leche tibia sobre los tejados de un pueblo de jengibre. Las calles del pueblo están pavimentadas con migas de pan, y los faroles son caramelos encendidos; un barrendero de azúcar recoge los charcos de leche con una pala de galleta. Los charcos, al ser recogidos, se transforman en espejos donde los transeúntes ven su nuca; cada nuca es un laberinto de pecas que conduce a una plaza con una fuente de tinta. En la fuente, un pez de hojalata es-

cupe monedas de musgo; un coleccionista de musgo las atrapa con un guante de párpados y las guarda en una caja de resonancia. La caja, al abrirse, suelta un acorde de "nunca" que se prolonga hasta la cocina de una casa deshabitada; en la cocina, una olla sin fondo hierve un caldo de números romanos. El caldo se derrama y los números corren por el suelo como arañas de tinta; un gato de escarcha las persigue, pero sus patas se derriten al tocar el número "V". El gato, ya sin patas, se arrastra hasta un rincón donde una escoba sin mango barre los restos de una tarde. La tarde se resiste y se enrosca en las cerdas de la escoba; la escoba, enfadada, golpea el suelo y de cada golpe nace una isla de corcho. En una de las islas, un faro de plastilina alumbra la huida de una letra "h", que es muda y por tanto invisible; el faro la busca con su haz de caramelo, pero solo encuentra un caracol con sombrero. El caracol se quita el sombrero y saluda a un almirante de juguete que navega en una bañera de loza; la bañera es el mar de un niño de yeso que hace pompas de jabón. Las pompas, al estallar, liberan pequeños "adiós" que flotan hacia un ventilador de mesa; el ventilador los tritura y los convierte en viento con sabor a despedida. El viento abre las cortinas de un teatro abandonado, y en el escenario hay una butaca solitaria que aplaude con sus dos únicos brazos; la butaca espera a un actor de niebla que recita un monólogo hecho de toses. El telón, al cerrarse, se traga la tos y la convierte en una perla de escarcha; la perla cae en la mano de una estatua sin rostro que la usa como ojo. Con ese ojo, la estatua ve un jardín donde los caracoles tocan el violín; la música es un sendero de grava que sube hasta la boca de un buzón. El buzón se abre y escupe una carta dirigida al remitente; la carta dice: "no abras este sobre, contiene un suspiro

ajeno". El sobre, al ser abierto, libera un viento de "quizás" que desordena los papeles de una oficina de horas; un oficinista de hielo sella los papeles con lacre de "mañana". El lacre se derrite y gotea sobre la alfombra, formando un pequeño lago de cera; en el lago navega un pato de goma con gorra de capitán. El pato toca la bocina y de la bocina sale un hipopótamo de papel; el hipopótamo se pliega y se convierte en una grulla de porcelana. La grulla vuela hacia una lámpara que cuelga de una nube; la nube es el techo de una habitación circular donde un espejo se mira a sí mismo. El espejo, al no verse reflejado, estalla en mil añicos de paciencia; los añicos, al caer, forman un mosaico de "sin embargo" y "a pesar de todo". Un caminante pisa el mosaico y sus pies se llenan de palabras; al andar, las palabras se caen y brotan de ellas pequeños arbustos de "mientras tanto". Los arbustos florecen y sus flores son "aún no" que se deshojan con el viento; el viento, enojado, sopla una vela que nunca se apaga. La vela es el dedo de una mano de mármol que señala hacia el norte de una brújula rota; la brújula gira y gira, y su aguja es una espina de pescado que se clava en el sur de una ausencia. La ausencia, al ser pinchada, derrama "casi" y "todavía", dos ríos que confluyen en el delta de un pañuelo. El pañuelo se agita en la estación de un tren de papel; el tren parte sin maquinista, y los vagones van llenos de maletas vacías que ladran. El jefe de estación, una escoba con gorra de plato, toca el silbato de un silencio; el silbido es una serpiente de harina que se enrosca en el cuello de un andén. El andén bosteza y de su boca sale una escalera mecánica que baja hacia el centro de un caracol. En el centro del caracol hay una biblioteca de "no", y un bibliotecario de estopa presta un libro de "tal vez". El libro, al ser abierto, se con-

vierte en un pájaro de pizarra que vuela hacia una pizarra llena de ecuaciones de humo. Una ecuación de humo se resuelve sola y su resultado es un guijarro con alas; el guijarro alza el vuelo y choca contra el techo de un poema. El poema, al ser golpeado, sangra tinta y la tinta es un río que corre hacia el final de esta hoja, donde un punto final se niega a cerrar los ojos abiertos de par en par, estornuda una llovizna de grapas oxidadas que se clavan en la joroba de un camello de hielo; el camello, sin inmutarse, rumia un calendario de fieltro y escupe hacia el norte un eructo de azogue. El azogue se desliza por la pendiente de una cucharilla y forma un espejo donde se refleja la nuca de un relámpago jubilado; el relámpago, ya sin trueno, colecciona cicatrices de porcelana en el bolsillo de un payaso de corcho. El payaso, con su nariz de bisagra, abre y cierra una puerta pintada en el aire, y de la puerta sale un cordero de alambre que bala en clave de fa. El balido se enreda en las ramas de un árbol de humo, y las hojas, que son párpados sueltos, parpadean al unísono para no perderse el desfile de una caracola. La caracola avanza con pasos de alga y arrastra tras de sí un cortejo de tuercas con sombrero; cada tuerca gira sobre su propio ombligo y canta un himno de hojalata. El himno se derrite sobre la frente de una estatua de mantequilla, y la estatua, agradecida, regala una rodilla de repuesto a un flamenco de escayola. El flamenco, con su nueva rodilla, baila un tango con una cucharita de café, y la cucharita, mareada, se disuelve en un vaso de silencio. El silencio, ahora con sabor a estaño, se sirve en copas de papel de lija en un bar atendido por un maniquí de pestañas largas; el maniquí sirve un cóctel de "por si acaso" con una aceituna de granito. Un cliente de niebla pide otra ronda y paga con una moneda de vértigo; el mani-

quí la guarda en una caja registradora que es en realidad un acordeón. Al abrir la caja, el acordeón se estira y lanza un acorde de "quizás" que rebota en las paredes de un iglú de espuma. El iglú, derritiéndose, deja al descubierto una cama de clavos tiernos donde duerme un hipopótamo de pasas; el hipopótamo ronca y sus ronquidos son pompas de alquitrán que flotan hacia un techo de harina. Las pompas estallan y sueltan pequeñas "haches" mudas que se posan en los bigotes de un retrato sin marco. El retrato, ofendido, se baja del clavo y se va caminando con sus patas de alambre hacia una estación de trenes de azufre; en el andén, un jefe de estación de mármol toca una campana de caramelo. La campana se rompe y de su interior salen volando cien cucharillas de plomo que se clavan en la espalda de un diccionario bilingüe. El diccionario, herido, sangra definiciones de palabras inexistentes: "traspuntar", "desverdecer", "azorramiento". Un filólogo de hule recoge las definiciones con un embudo y las guarda en un frasco de mermelada de "casi". El frasco se destapa y las definiciones se escapan, formando una nube de letras que vaga sobre un desierto de nata. En el desierto, una caravana de imperdibles cruza las dunas de miel, y los camellos de alambre llevan alforjas llenas de "sin embargo". Un alforja se rompe y los "sin embargo" se derraman como lentejas de humo; un escarabajo pelotero de corcho los empuja hacia su madriguera, que es un guante de seda. El guante, al recibirlos, tose y de su interior salen cinco dedos de niebla que acarician la espalda de una montaña de azúcar. La montaña, al ser acariciada, se desmorona y deja ver un valle de botones; cada botón es una puerta que se abre hacia un pasillo de terciopelo. En el pasillo, una fila de candelabros de goma camina hacia un salón donde un piano de

plumas toca una sonata para bisagras. La sonata se enreda en la cola de un pez de cristal que nada en una pecera llena de relojes; los relojes marcan horas distintas y cada hora es un ojo que parpadea. Un ojo parpadea y del párpado cae una lágrima de merengue; la lágrima rueda por la mejilla de una muñeca de paja y se convierte en un río de leche. El río cruza un bosque de cucharas, y en la orilla crecen árboles de "todavía". Una ardilla de estaño roe los frutos del "todavía" y escupe las semillas sobre un tejado de galletas; las semillas, al caer, se transforman en hormigas de caucho que descienden por la chimenea de una casa sin paredes. En la chimenea, un fuego de azúcar derrite las manecillas de un reloj de miel; el reloj, sin manecillas, da la hora de la avispa y la hora del pedernal con un badajo de plumas. El badajo golpea una campana de mantequilla y el sonido se derrama como un charco de "sin embargo". Un pato de loza bebe del charco y su pico se convierte en una llave que abre un armario de niebla. El armario, al abrirse, deja escapar un enjambre de acentos circunflejos que se posan sobre las vocales de un cartel de neón. El cartel parpadea y anuncia "se vende un suspiro de segunda mano"; un comprador de ecos llega en un triciclo de plumas y ofrece a cambio una fotografía de un naufragio en seco. El vendedor, un calcetín sin pareja, acepta el trato y se guarda la fotografía en el bolsillo de un abrigo de cera; el abrigo, al caminar, deja un rastro de velas encendidas sobre la acera de un lunes. Las velas alumbran el camino de un ciego que ve con las rodillas; sus rodillas son dos espejos cóncavos que reflejan la espalda de un caballo de hielo. El caballo galopa por una avenida de plumas, y sus cascos son de azúcar morena; cada galope es un terrón que se disuelve en el café de una viuda de papel. La viuda, al

beber el café, llora lágrimas de anís y sus lágrimas endulzan el pico de un colibrí de escarcha. El colibrí vuela hacia un jardín de clavos, donde las rosas son de lija y las abejas de porcelana liban néctar de "por si acaso". El néctar, fermentado, produce una miel de alambre que se unta en las tostadas de un desayuno de plastilina. El desayuno lo preside un tenedor de cuatro brazos que discute de política con una cuchara de hojalata; la cuchara, ofendida, se dobla y forma un arco por el que pasa un tren de vapor de azúcar. El tren silba un "adiós" de caramelo y las vías, que son de regaliz, se derriten bajo el peso de un vagón lleno de "mientras tanto". Los "mientras tanto" se escapan por una ventanilla y vuelan como pájaros de hule hacia un nido de paréntesis. El nido, colgado de una nube de yeso, se balancea con el viento de un ventilador de acero; el ventilador gira y sus aspas son lenguas de lija que lamén la nuca de un verano. El verano, al ser lamido, se ríe y su risa es un torrente de piedras pómez que ruedan cuesta abajo por una colina de nata. Las piedras pómez chocan contra un poste de telégrafo y el poste, enojado, lanza un cable de seda que atrapa a un pez volador de loza. El pez volador, al ser atrapado, escupe una moneda de hielo y la moneda cae en la ranura de un parquímetro de espuma. El parquímetro, al recibir la moneda, expide un billete de "nunca" que vuela hacia la boca de un buzón de caramelo. El buzón, al tragarlo, eructa una burbuja de aserrín; la burbuja flota sobre la calle y dentro de ella viaja un caracol con gafas de sol. El caracol aterriza en la azotea de un cine abandonado y, desde allí, ve una película de nieve donde los actores son guantes de lana. Un guante de lana abofetea a una butaca vacía, y la butaca, ofendida, se pliega y se convierte en una escalera de papel. La escalera sube

hasta la pantalla, y un espectador de corcho la sube para entrar en la película; dentro, todo es de mantequilla y los diálogos son sorbos de silencio. El espectador pide un refresco de "por si acaso" a un acomodador de estopa, y este le sirve un vaso de lluvia seca. La lluvia seca, al beberse, produce un hipo de números romanos; el hipo sacude al espectador y lo devuelve a su butaca, que ahora es un cactus de peluche. El cactus, al ser abrazado, suelta una lágrima de resina y la resina atrapa a una mosca de acero. La mosca, atrapada, zumba una canción de cuna para los clavos; los clavos, al oírla, se ablandan y se convierten en lombrices de seda. Las lombrices tejen un capullo de "sin embargo" y del capullo emerge una mariposa de hojalata con alas de pergamino. La mariposa vuela hacia una biblioteca de humo y se posa en un libro de "tal vez"; el libro, al abrirse, suelta un enjambre de comas que van a posarse en la frente de un maniquí de niebla. El maniquí parpadea y de sus pestañas caen gotas de azogue; las gotas se reúnen en un charco y del charco emerge una mano de alga que sostiene una brújula de miel. La brújula señala hacia el sur de un zapato izquierdo, y el zapato, obediente, camina hacia un horizonte de pestañas. El horizonte se abre y deja ver un puerto de botones, donde atracan barcos de papel de lija. Un barco desembarca un cargamento de "a pesar de todo" y lo deposita en un muelle de galletas; las galletas, al recibir el peso, se parten y liberan una nube de moscas de porcelana. Las moscas vuelan hacia una lámpara de sebo y se queman las alas; al caer, se convierten en semillas de "casi" que germinan en la palma de una mano de mármol. La mano, al cerrarse, tritura las semillas y de ellas sale un jugo de "todavía no"; el jugo se derrama sobre el mantel de un banquete de estatuas. Las

estatuas beben el jugo con pajitas de alambre y, al terminar, eructan una melodía de sal. La melodía se enrosca en la cola de una rata de escarcha que corre por un laberinto de miga; el laberinto se desmorona y la rata, libre, se lanza a un estanque de leche condensada. Del estanque emerge un pez de talco que estornuda una lluvia de "sin embargo"; la lluvia empapa a un transeúnte de hule que abre un paraguas de serrín. El paraguas, al abrirse, deja caer una cascada de botones; los botones, al tocar el suelo, se convierten en grillos de mercurio. Los grillos cantan una sinfonía de "quizás" y su canto es una telaraña de sonido que atrapa a un ángel de yeso. El ángel, atrapado, se deshace en polvo de "por si acaso"; el polvo cubre la ciudad de los maniquíes, y los maniquíes, al respirarlo, aprenden a silbar. Un maniquí silba una tonada de "nunca" y la tonada se convierte en una enredadera de hojalata; la enredadera trepa por la fachada de un edificio sin puertas. En la azotea, un grifo de cera abierto derrama un chorro de "mientras tanto"; el chorro inunda la calle y los transeúntes, que son de corcho, flotan con los brazos en cruz. Un náufrago de paja se aferra a un ladrillo de turrón y pide auxilio a una gaviota de alambre; la gaviota, al oírlo, lanza un salvavidas de caramelo. El náufrago se salva y llega a la orilla de un desierto de pestañas; allí, un beduino de nieve le ofrece un dátil de plomo. El náufrago lo muerde y su diente se parte; del diente roto sale un manantial de tinta de calamar. La tinta forma un río que corre hacia el mar de una taza de café; el mar, al recibirlo, se convierte en un espejo donde se refleja la espalda de un pez de loza. El pez nada hacia el fondo y encuentra un cofre de azúcar; el cofre, al abrirse, suelta una risa de plumas. La risa sube a la superficie y estalla, y sus esquirlas son "aún no" que caen sobre

los tejados de un pueblo de mermelada. Los tejados, al recibirlas, se derriten y forman carámbanos de "por si acaso"; los carámbanos, al caer, pinchan a un caracol que lee un periódico de niebla. El caracol, herido, se esconde en su caparazón y desde allí toca una campana de hielo; la campana suena y su sonido es una ola de azogue. La ola arrastra a un peón de alambre que jugaba una partida de ajedrez con una tuerca; la tuerca, sin rival, se proclama reina de un tablero de galletas. La reina ordena a sus súbditos, que son migas de pan, construir un castillo de "sin embargo"; el castillo se alza en el centro de una plaza donde una fuente de plumas escupe monedas de hielo. Un coleccionista de hielo recoge las monedas con una red de pestañas y las guarda en un frasco de silencio; el frasco, al llenarse, se agrieta y de la grieta sale un suspiro de corcho. El suspiro flota sobre la ciudad y se enreda en la antena de una radio de mármol; la radio, al recibirlo, transmite una canción de "por si acaso". La canción se escucha en todos los rincones, incluso en el interior de una caja de resonancia olvidada. La caja, al vibrar, se rompe y de su interior salen cien peces de talco; los peces nadan en el aire y sus aletas son de pergamino. Un pez se posa en la nariz de un maniquí de niebla, y el maniquí, al estornudar, lanza un chorro de serrín. El serrín cubre una carretera de alambre, y sobre la carretera avanza un camión de hielo cargado de "todavía". El camión frena y su carga se desparrama: cientos de "todavía" ruedan por una pendiente de nata. Un "todavía" se detiene en la puerta de una iglesia de hojalata; la puerta se abre y sale un cura de corcho con una vela de azúcar. El cura bendice al "todavía" y este se convierte en un pájaro de escarcha; el pájaro vuela hacia un campanario de algodón. El campanario toca una sola nota y la nota es un

carámbano que se clava en la joroba de un camello de hielo; el camello, agradecido, escupe una flor de alambre. La flor, al caer, se convierte en una isla de corcho; en la isla, un faro de plastilina alumbra la huida de una letra "h", en el vlambre del ceniciento y la cuchara nada en el jueves, tres paraguas mastican un teorema, jirafa, sin embargo el zapato prologa su ausencia bajo, el mármol tose latitudes de mostaza, quizás, un violín arquitectónico despliega su xilcornia entre los párpados del semáforo, catorce, el pan recuerda su infancia de mercurio, contra, la ballena firma contratos con el rocío, entonces la escalera se derrama en forma de martes, glup, un ángulo obtuso se casa con la avena, porque no, el reloj deshuesa su propio silencio y lo cuelga del ecuador, ámbar, tres notarios flotan dentro de una vocal extinta, bramoscopio, la lluvia archiva sus huesos en un cajón que no existe, sin, el número siete se disuelve en la corbata del obispo, húmedo, una nube de tornillos emigra hacia el sabor del jueves anterior, fosforece, el diccionario eructa sinónimos de vidrio, tal vez, la tristeza usa guantes de cebolla para saludar al algoritmo, plisss, un elefante de papel firma su renuncia al perfume, entre, la geometría se peina con un cepillo de estatuas, cronoverja, siete llaves oxidadas cantan el himno de una fruta imposible, aunque, el pasillo tiene fiebre de xilófono, la sopa medita sobre la caída del imperio de las tijeras, ozónico, un pulpo recita el código civil en la cocina de una estrella, bajo, la palabra "quizás" se fractura en dos idiomas que nunca existieron, verdegrís, el tren desayuna nostalgia con cucharaditas de plomo, ni siquiera, un sótano florece en el interior de una carcajada, marchapluma, los espejos alquilan su reflejo a un cangrejo desempleado, tarde, la aritmética se enamora perdidamente de una escoba, sin

embargo, tres esqueletos negocian el precio del rocío en la bolsa de valores, glimp, un piano se disfraza de jueves para cruzar la frontera del sueño, entretanto, la ceniza escribe cartas de amor a un semáforo jubilado, tibio, tres arquitectos construyen catedrales dentro de un huevo frito, pentacúspide, el mar guarda su sal en el bolsillo de un funcionario invisible, aunque no, una polilla dirige la orquesta de los paraguas rotos, súbito, el silencio compra zapatos nuevos para caminar sobre las vocales, brrum, la luna paga impuestos con monedas hechas de siesta, entre tanto, un cactus recita poesía persa a las tuercas del refrigerador, azulinfinito, siete gramáticas se derriten sobre la mesa del carnicero cósmico, tal vez no, una jirafa de vidrio despacha correspondencia en el fondo del océano, glotural, el jabón sueña que es emperador de una cordillera de sardinas, sin razón, tres semáforos discuten filosofía con un tenedor existencialista, murgot, la palabra "nunca" se pone sombrero para asistir al funeral de una brújula, entonces sí, un ejército de cucharas invade el territorio de la melancolía, filoscopio, el invierno vende paraguas hechos de humo a los caracoles funcionarios, quizás jamás, una mariposa firma su tesis doctoral sobre la nostalgia del cemento, entre líneas, siete relojes se declaran en huelga dentro del estómago de un piano, vertizonte, el pan integral emigra hacia una galaxia hecha de servilletas, sin razón alguna, un buzón devora las cartas que nunca fueron escritas por nadie, plumbáceo, la sombra de un elefante alquila departamentos en la garganta del otoño, tampoco, tres notas musicales se divorcian de su pentagrama y abren una panadería, ecoplasma, tal vez el rey de las alcachofas declare la guerra a un paraguas republicano, sin comas ni razones, la palabra "siempre" se derrama sobre el mantel de un

jueves inexistente, húmedo y cuadrado, un rinoceronte de cristal enseña álgebra a las hormigas del subterráneo, brumáfora, la tarde se quita los zapatos para nadar en la sopa del pensamiento, jamás pero sí, tres abuelas de mercurio tejen bufandas para los teoremas huérfanos, tal cual, el aire se casa con una escalera de caracol en una notaría clandestina, plisófono, siete violines emigran hacia el interior de una nuez sin cáscara ni destino, entretantísimo, la geografía inventa un país hecho enteramente de bostezos y clavos, marfilunar, un pingüino recita el padrenuestro en el idioma de los relojes descompuestos, sin fecha, la ternura abre una ferretería dentro del ojo izquierdo de un dinosaurio, quizás entonces, tres paraguas se gradúan de la universidad del rocío con honores de mostaza, tilíntico, el número cero organiza una fiesta sorpresa para la ausencia de las vocales, bajo la mesa, un saxofón de arena predica sermones a los espejos desempleados, cronoverjil, la palabra "después" se muda a vivir dentro de una almeja jubilada, entre paréntesis que no cierran, siete cucarachas filosóficas debaten sobre el destino del papel higiénico galáctico, sin ton, un piano de sal se derrite bajo la mirada de un pulpo notario, azulherrumbre, la nostalgia cultiva tomates en la azotea de un supermercado extinguido, ni comas ni puntos que ordenen nada, tres jirafas bailan tango con la ecuación de segundo grado, murciplasma, el desayuno declara su independencia de la mermelada colonial, quizás bajo, un ropero emigra hacia el sur llevando consigo trece inviernos de fieltro, plumazul, la palabra "cielo" renuncia a su significado y abre una carnicería de nubes, sin embargo tampoco, un ejército de tenedores conquista el imperio de las servilletas dormidas, glotoverja, siete relojes de arena se enamoran de una fotocopiadora en

huelga, entre tanto siempre, la luna cambia de nombre y ahora se llama Martes de Ceniza Vegetal, brrumáfila, un cocodrilo enseña caligrafía a las esquinas de una habitación sin techo, tal cual nunca, la palabra "por" carga sacos de arena hasta la cima de un violonchelo, fosforita, tres paraguas se jubilan y abren una notaría en el fondo de una taza de café, sin razón ni tiempo, el otoño factura sus hojas a nombre de un pulpo contador, ozonoverde, siete alfabetos se pelean por la custodia de una vocal huérfana, entre nada y todo, una escalera de mármol emigra a vivir dentro del bostezo de un piano, cronotortuga de la segunda vlambre y el paraguas renuncia a su empleo de sombra y se dedica al comercio de vocales, mientras tanto, catorce sillas emigran hacia el interior de una trompeta jubilada, sin embargo, la sopa firma un tratado de paz con el jueves, entre, un cocodrilo estudia derecho canónico bajo la mesa de billar, quizás, la escalera se enamora de un número primo y le escribe cartas en tinta de mostaza, tarde, tres relojes abandonan la escuela para dedicarse al contrabando de siestas, bajo, el pan integral organiza un sindicato de migas descontentas, aunque no, una jirafa dirige el tráfico en el fondo de una piscina vacía, entretanto, la palabra "quizás" abre una farmacia especializada en dudas crónicas, sin razón, un piano se declara culpable de robar silencio a medianoche, tal vez, siete paraguas construyen un puente sobre el charco de un teorema, glup, la nostalgia vende boletos de tren hacia una estación que cambió de nombre, entre paréntesis, un pulpo enseña caligrafía china a los relojes de pared, sin comas, la luna abre una tienda de zapatos para caracoles insomnes, quizás nunca, tres cucharas se gradúan en arquitectura y diseñan catedrales de gelatina, tarde o nunca, el otoño factura sus hojas

a una imprenta clandestina, bajo el mantel, un elefante recita poesía épica frente a un espejo aburrido, sin embargo tampoco, la aritmética se casa con una escoba en una notaría de provincia, entre nada, siete violines emigran hacia el sur cargando maletas llenas de invierno, aunque sí, el jabón cultiva rosas en la azotea de una fábrica de espejos, tal cual, un rinoceronte reclama su herencia en el juzgado de las servilletas, sin fecha, la palabra "después" abre una panadería en el interior de una nuez, entretanto siempre, tres semáforos se retiran a vivir al campo con una vaca filosófica, bajo cero, el mar guarda monedas de sal en el bolsillo de un funcionario dormido, quizás bajo, una polilla dirige la orquesta municipal desde el fondo de una gaveta, sin ton ni son, el desayuno declara la independencia de la mermelada y funda una república, tarde ya, siete abuelas tejen mapas de países que todavía no existen, entre líneas torcidas, un saxofón predica sermones a los espejos desempleados del barrio, sin embargo jamás, la tristeza abre una ferretería y vende martillos hechos de nube, aunque tampoco, tres notarios firman contratos con el rocío antes de que amanezca, bajo la lluvia quieta, un cactus recita versos persas a las tuercas oxidadas del refrigerador, sin comas otra vez, la geometría se peina frente a un espejo que solo refleja martes, quizás entonces sí, siete relojes de arena se enamoran perdidamente de una fotocopiadora en huelga, entre el humo y nada, un buzón devora cartas escritas por nadie en un idioma extinto, sin razón alguna todavía, la palabra "siempre" se derrama sobre un mantel que nunca fue tendido, tarde de ceniza, un ejército de tenedores conquista el imperio dormido de las servilletas, bajo tres paraguas, la ternura abre una carnicería dentro del ojo de un dinosaurio jubilado, quizás jamás pero sí,

tres jirafas bailan tango con una ecuación que no quiere resolverse, entre el frío y el mármol, el invierno vende paraguas de humo a los caracoles funcionarios del ayuntamiento, sin embargo otra vez, una mariposa defiende su tesis sobre la nostalgia del cemento fresco, tarde sin reloj, siete alfabetos se disputan la custodia de una vocal abandonada, bajo ningún techo, el aire se casa con una escalera de caracol en una notaría clandestina y lluviosa, quizás bajo el agua, un cangrejo alquila su reflejo a los espejos jubilados del pasillo, sin comas ni puntos, la palabra "por" carga sacos de arena hasta la cima de un violonchelo cansado, entre el silencio y las nueve, tres paraguas se jubilan y abren una notaría dentro de una taza de café frío, tarde para siempre, el pingüino recita el padrenuestro en el idioma roto de los relojes, bajo cero absoluto, la nostalgia cultiva tomates en la azotea de un supermercado que cerró hace siglos, sin razón ni tiempo otra vez, un cocodrilo enseña caligrafía a las esquinas de una habitación sin techo ni paredes, quizás nunca jamás, siete relojes se declaran en huelga dentro del estómago silencioso de un piano viejo, entre tanto y nada, el ropero emigra hacia el sur cargando trece inviernos doblados, tarde de vidrio, la palabra "cielo" renuncia a su significado y abre una carnicería de nubes grises, sin embargo tampoco esta vez, un ejército de cucharas invade el territorio dormido de la melancolía, bajo la mesa coja, tres esqueletos negocian el precio del rocío en una bolsa de valores fantasma, quizás bajo tierra, el sótano florece dentro de una carcajada que nadie recuerda haber soltado, entre el ayer y el nunca, un elefante de papel firma su renuncia al perfume en una oficina vacía, sin fecha ni firma, la palabra "nunca" se pone sombrero para asistir al funeral de una brújula rota, tarde definitivamente, siete notas

musicales se divorcian de su pentagrama y abren una panadería de silencio, bajo ningún cielo, el mar factura su sal a nombre de un pulpo contador jubilado, quizás para siempre, una escalera de mármol emigra a vivir dentro del bostezo eterno de un piano abandonado, un candelabro renuncia a la luz y se dedica al cultivo de sombras en macetas de barro, mientras tanto, catorce paraguas presentan su declaración de impuestos ante un tribunal de hormigas, sin embargo, el violín solicita asilo político en el interior de una almendra, entre, tres profesores de geografía se pierden dentro de un mapa que nunca terminaron de dibujar, quizás, la tetera se jubila anticipadamente y abre una escuela de vapor para principiantes, tarde, un ciempiés dirige el coro de la catedral los domingos por la tarde, bajo, la palabra "todavía" alquila una habitación en el ático de un semáforo, aunque no, siete tijeras cortan el listón inaugural de una avenida que no existe, entretanto, el granizo escribe su autobiografía en el idioma de los paraguas rotos, sin razón, un espejo demanda a su reflejo por abandono de hogar, tal vez, la miel se afilia a un sindicato de abejas desempleadas del centro, glup, tres escaleras compiten en una carrera de obstáculos contra el tiempo verbal, entre paréntesis, un armario guarda secretos que pertenecen a otro siglo, sin comas, la palabra "acaso" abre una relojería especializada en horas que no llegaron, quizás nunca, siete faroles apagan la ciudad para escuchar mejor el silencio de un caracol, tarde o nunca, el otoño contrata un abogado para litigar contra las hojas caídas, bajo el mantel, un pavo real presenta su renuncia al ministerio de los colores, sin embargo tampoco, la aritmética organiza una cena de gala para los números impares, entre nada, siete violonchelos emigran al desierto cargando

maletas de lluvia embotellada, aunque sí, el jabón inaugura una galería de arte dentro de la bañera del vecino, tal cual, un búho reclama derechos de autor sobre la noche entera, sin fecha, la palabra "acaso" cambia de dirección y se muda al margen de la página, entretanto siempre, tres paraguas fundan una cooperativa de sombra en la plaza vacía, bajo cero, el mar contrata un notario para legalizar cada una de sus olas, quizás bajo, una polilla hereda la biblioteca completa de un faro apagado, sin ton ni son, el desayuno presenta su renuncia formal al calendario gregoriano, tarde ya, siete costureras bordan las fronteras de un país que cambia de forma cada noche, entre líneas torcidas, un acordeón predica paciencia a los relojes impuntuales del barrio, sin embargo jamás, la tristeza abre una tienda de paraguas para días sin lluvia, aunque tampoco, tres notarios legalizan el matrimonio entre una escalera y el viento, bajo la lluvia quieta, un cactus dicta una conferencia sobre la puntualidad de las espinas, sin comas otra vez, la geometría solicita una prórroga para terminar de dibujar el horizonte, quizás entonces sí, siete campanas renuncian a sonar los domingos por motivos personales, entre el humo y nada, un buzón demanda al correo por retraso en la entrega de la nostalgia, sin razón alguna todavía, la palabra "quién sabe" se instala a vivir en el margen de un libro cerrado, tarde de ceniza, un ejército de paraguas ocupa pacíficamente la plaza central del pueblo, bajo tres candelabros, la ternura inaugura una biblioteca dentro del cajón más profundo de la cómoda, quizás jamás pero sí, tres bailarinas ensayan una coreografía para el eclipse del jueves próximo, entre el frío y el mármol, el invierno cobra peaje a quien cruce el puente de la memoria, sin embargo otra vez, una libélula defiende su cátedra de vuelo

frente a un jurado de nubes, tarde sin reloj, siete profesores de música afinan el silencio antes del amanecer, bajo ningún techo, el aire firma un contrato de arrendamiento con una escalera de caracol, quizás bajo el agua, un cangrejo hereda una colección de espejos sin marco, sin comas ni puntos, la palabra "por si acaso" carga su equipaje hasta la última fila del teatro, entre el silencio y las nueve, tres paraguas inauguran una notaría dentro de una taza de té ya frío, tarde para siempre, el pingüino dicta clases de canto a los relojes desafinados, bajo cero absoluto, la nostalgia siembra girasoles en la azotea de una fábrica cerrada hace décadas, sin razón ni tiempo otra vez, un tejón enseña filosofía a las esquinas de una habitación sin muebles, quizás nunca jamás, siete relojes presentan su renuncia colectiva al minutero mayor, entre tanto y nada, el ropero decide mudarse al sur llevando consigo el invierno entero, tarde de vidrio, la palabra "quién dirá" renuncia a su significado y abre un taller de costura para nubes, sin embargo tampoco esta vez, un ejército de agujas invade en silencio el territorio del pañuelo dormido, bajo la mesa coja, tres faroles negocian su jubilación con el ayuntamiento nocturno, quizás bajo tierra, el sótano guarda una carcajada que nadie ha venido a reclamar todavía, entre el ayer y el nunca, un paraguas de papel presenta su dimisión ante la lluvia entera, sin fecha ni firma, la palabra "vaya uno a saber" se pone sombrero para asistir a una boda de caracoles, tarde definitivamente, siete notas se despiden del pentagrama para abrir una librería de segunda mano, bajo ningún cielo, el mar cobra su salario atrasado en monedas de espuma, quizás para siempre, una escalera de mármol se recuesta a dormir dentro del último bostezo del piano, y ahí, sin razón ni comas ni final que valga, se cierra la última

puerta de esta casa que nunca tuvo planos interdimensionales y todo vuelve a empezar, sin empezar, la cuchara de mármol atraviesa martes debajo del océano, mientras una bicicleta pronuncia amarillo contra las ventanas del desierto; porque la catedral tiene seis bolsillos y ninguno contiene una escalera, sin embargo los relojes mastican harina detrás de la frontera del sueño, una ballena de cartón firma documentos sobre la temperatura de los calcetines, entre la posibilidad de un relámpago cuadrado y la ausencia administrativa de los tomates; hacia ninguna parte, un violinista pierde su nombre dentro de una taza vacía, pero el nombre no estaba allí, estaba probablemente en la rodilla de una estatua que jamás aprendió a permanecer inmóvil, por eso las montañas escriben cartas con tinta de leche a los insectos que gobiernan los sótanos del mediodía, y una puerta de cobre recuerda que ayer fue una naranja, aunque nadie preguntó por qué, porque las preguntas se habían quedado dormidas en una estación ferroviaria construida con pan de centeno; sobre la mesa, tres paraguas discuten acerca de la astronomía de los peces, uno de ellos sostiene que Saturno pertenece a la familia de las cucharas, otro derrama silencio sobre un mapa de Paraguay, el tercero simplemente se convierte en una fotografía de una escalera que conduce a un lugar donde los zapatos crecen como árboles de oficina, mientras debajo de la alfombra una pequeña república de botones celebra elecciones para elegir el color del invierno; después aparece un caballo eléctrico dentro de una biblioteca sin libros, lleva en la frente una palabra que nadie puede leer porque las palabras se han vuelto cuadradas y rebotan contra los espejos, entonces un espejo decide abandonar la habitación para dedicarse a la jardinería, pero encuentra única-

mente relojes enterrados y una colonia de sombreros húmedos que cantan himnos sobre la velocidad de las tortugas, junto a un teléfono que recibe llamadas de una persona que todavía no existe y responde con fotografías de volcanes apagados, cucharones, documentos fiscales, zapatos de nieve y una melodía que sabe a metal oxidado; la lluvia cae hacia arriba dentro de una botella verde, los continentes se desplazan tres centímetros hacia la izquierda, una abuela imaginaria compra un submarino para visitar la biblioteca municipal de Marte, mientras los planetas pierden sus direcciones y las direcciones pierden sus planetas, de modo que el buzón permanece lleno de cartas destinadas a una palabra que se desintegró durante el desayuno; detrás de una cortina de humo aparece un médico de madera diagnosticando a una silla, le recomienda siete litros de distancia y una fotografía de la Antártida doblada en cuatro, la silla acepta porque tiene una enfermedad relacionada con las ventanas, aunque las ventanas no participan en el diagnóstico y prefieren dedicarse a observar una procesión de peces transparentes cruzando una avenida sin nombre, donde los automóviles llevan alas de papel y los semáforos cambian entre lunes, cobre y elefante; una torre de ajedrez se declara culpable de haber inventado la sopa, el juez es una nube rectangular, los testigos son dos cucharas de plástico y un silencio con sombrero, todos esperan que la sentencia caiga desde el techo pero el techo se encuentra ocupado por un pequeño bosque de teléfonos antiguos, cada árbol produce llamadas que nadie contesta, cada llamada contiene una palabra distinta, cada palabra pertenece a una lengua que todavía no se ha inventado, y una escalera se ríe en el sótano porque cree que los sótanos tienen sentido del humor; mien-

tras tanto, en una ciudad construida sobre una hoja de papel, los habitantes caminan horizontalmente hacia la noche, llevan paraguas de piedra, relojes sin agujas y bolsillos llenos de arena azul, una mujer vende fotografías de sonidos, un niño compra tres minutos de silencio, un anciano intercambia una sombra por una lámpara apagada, nadie sabe cuál es el precio de una ventana porque las ventanas dejaron de existir exactamente a las cuatro menos ninguna cosa; en el norte, una locomotora atraviesa un campo de teclados, sus ruedas producen palabras incompletas, cada palabra cae al suelo y se convierte en un insecto, los insectos forman una república alrededor de una taza de café, declaran independiente el continente de las servilletas, nombran ministro de agricultura a una nube y secretario de transporte a un pez muerto que continúa llegando puntualmente a estaciones que no tienen vías; una naranja conversa con la filosofía de una pared, la pared responde con una fotografía de una tormenta en el bolsillo de un hombre desconocido, el bolsillo contiene también una brújula que señala hacia adentro, un fósforo mojado, cuatro semillas de mármol y una llave destinada a abrir una puerta que solo aparece cuando nadie piensa en ella, por eso todos dejan de pensar y la puerta se multiplica en cientos de puertas pequeñas, cada una conduce a una habitación llena de puertas todavía más pequeñas, hasta que una puerta microscópica se convierte en el océano Pacífico y un océano Pacífico se convierte en una moneda de cinco centavos; las campanas de una iglesia submarina anuncian que la gravedad ha renunciado, las palomas suben por las paredes, los edificios flotan debajo de los zapatos, una montaña se pone un abrigo amarillo para asistir a una reunión de insectos, pero la reunión se cancela porque al-

guien perdió el miércoles en una caja de herramientas, y nadie puede comenzar una reunión sin miércoles, excepto una tetera que conoce procedimientos administrativos de otra galaxia; un hombre con rostro de calendario cruza un puente de lana, cada paso cambia la estación del año, primavera debajo de la lengua, verano dentro de una lámpara, otoño en el bolsillo izquierdo, invierno detrás de una puerta, pero ninguna estación logra permanecer porque una naranja mecánica las persigue con una escoba, y la escoba, cansada de barrer estrellas, solicita vacaciones en una isla donde los volcanes producen leche condensada y los cocodrilos estudian arquitectura medieval; cerca de allí, un piano sin teclas aprende a nadar en una piscina llena de periódicos, cada página contiene únicamente recetas para fabricar sombras, una de ellas exige tres cucharadas de medianoche, otra pide una fotografía de un bosque, otra recomienda mezclar lentamente la palabra martes con una montaña de sal, pero la receta se quema antes de terminar y deja sobre la mesa un círculo negro que comienza a caminar hacia la ventana; el círculo no tiene destino, aunque lleva una maleta, la maleta contiene una estación de tren, la estación contiene una estación meteorológica, la estación meteorológica contiene un retrato de un desconocido, el retrato contiene una escalera, la escalera contiene un jardín, el jardín contiene una radio, la radio contiene un océano, el océano contiene una carta, la carta contiene únicamente la palabra cuchillo, pero el cuchillo contiene una canción y la canción contiene un automóvil que jamás existió; en una plaza sin centro, las estatuas cambian de profesión cada diez segundos, una es panadera, otra astrónoma, otra taxista, otra únicamente permanece sentada mirando un zapato, mientras una multitud de zapatos dis-

cute sobre la historia de las abejas y las abejas discuten sobre la arquitectura de los desiertos, y el desierto, ofendido por la comparación, decide convertirse en una biblioteca donde todos los libros hablan simultáneamente de trenes que atraviesan cucharas gigantes; un relámpago entra en una oficina, solicita una licencia para ser miércoles, presenta documentos, fotografías, recibos, una constancia de existencia y un certificado de ausencia, pero el funcionario es una pecera y no puede firmar porque sus manos pertenecen a una novela rusa que se perdió durante un eclipse; entonces el relámpago espera, se sienta sobre una silla azul, envejece durante seis segundos y se convierte en una postal de Lisboa, aunque Lisboa no tiene ninguna responsabilidad sobre el asunto y permanece cerrada dentro de una caja de música junto a una montaña de botones; en otro lugar, quizá debajo de la lengua de un gigante dormido, una mujer construye una casa con fotografías de tormentas, pero cada pared se convierte en agua cuando alguien menciona la palabra ventana, así que decide no construir el techo, instala una bicicleta en la cocina y coloca un océano pequeño detrás del refrigerador, donde tres peces practican discursos sobre economía internacional, ninguno termina su discurso porque un tenedor atraviesa la habitación y anuncia que el tiempo ha perdido sus documentos de identidad; el tiempo, sin documentos, entra en una farmacia, compra una caja de nubes, se niega a pagar con dinero y ofrece a cambio una estatua de Napoleón hecha con mantequilla, el farmacéutico acepta porque tiene hambre de geometría, pero luego la estatua se derrite y forma un mapa de una ciudad que solo aparece durante los sueños de los relojeros; allí los niños nacen con sombreros de lluvia, los perros llevan periódicos en las ore-

jas, las bicicletas duermen en los árboles y los árboles pagan impuestos en forma de pequeñas melodías, mientras los edificios se reproducen mediante fotocopias y cada fotocopia contiene una escalera diferente, algunas suben, otras bajan, otras simplemente recuerdan haber sido escaleras en una vida anterior que nunca ocurrió; una taza rota observa la luna durante cuarenta años y concluye que la luna necesita reparación, llama a un técnico especializado en satélites domésticos, pero el técnico llega montado sobre una tortuga de vidrio y trae una caja de herramientas llena de nubes, abre la caja, extrae un jueves, lo coloca sobre la mesa y espera que el jueves funcione, sin embargo el jueves se convierte en una puerta de madera y la puerta comienza a cantar una canción sobre bacterias; las bacterias, mientras tanto, organizan una exposición de arte contemporáneo dentro de una estación abandonada, presentan cuadros hechos con humo, esculturas de hielo caliente, fotografías de sonidos y una instalación consistente en una sola naranja suspendida sobre una silla, el público aplaude durante tres horas aunque ninguno sabe qué está aplaudiendo, excepto una mujer que vende mapas de lugares inexistentes y asegura que la naranja representa la economía de los peces durante el siglo diecisiete; el siglo diecisiete se enfada y abandona la historia, camina hacia una playa, encuentra un reloj enterrado, lo abre y descubre dentro una pequeña tormenta tropical que pide regresar a casa, pero la tormenta no tiene casa porque su casa fue convertida en un libro de cocina por una editorial que imprime únicamente páginas en blanco; las páginas en blanco forman una carretera, la carretera atraviesa un bosque de cucharas, el bosque desemboca en una sala de espera donde todos los pacientes son puertas, cada puerta espera

ser atendida por un médico que llega montado en una palabra, la palabra se detiene, se desmonta y entra en consulta, el médico pregunta dónde duele, la palabra responde con un mapa de África, el médico prescribe una bicicleta y tres kilogramos de silencio; afuera, los árboles han empezado a nevar, la nieve cae en forma de peces pequeños que desaparecen al tocar el suelo, una mujer intenta recogerlos con una red de fotografías, pero la red se convierte en una ventana y la ventana se abre hacia un lugar completamente lleno de ventanas, cada una muestra una habitación diferente, una habitación contiene un volcán, otra contiene una biblioteca, otra contiene una cama, otra contiene una estación espacial, otra contiene únicamente una palabra roja que nadie puede pronunciar; en la cocina de una casa que se encuentra dentro de una nube, un hombre cocina una sopa de electricidad, agrega dos cucharaditas de mercurio imaginario, una escalera, cuatro periódicos mojados y la sombra de una bicicleta, revuelve en sentido contrario a las agujas del reloj, pero las agujas del reloj no existen allí porque han emigrado a una isla del Índico para estudiar la reproducción de los paraguas; los paraguas se reproducen mediante fotografías, cada fotografía produce otro paraguas, cada paraguas produce una fotografía, hasta que la isla desaparece debajo de millones de imágenes negras, y un barco intenta rescatarla utilizando velas hechas de periódicos, pero los periódicos se niegan a navegar porque están ocupados anunciando la llegada de un emperador de papel que lleva en la cabeza una tetera y en el bolsillo una galaxia; la galaxia pesa demasiado, rompe el bolsillo, cae sobre el suelo y se convierte en una alfombra persa, la alfombra tiene una puerta, la puerta tiene un pez, el pez tiene un reloj, el reloj tiene una ciudad, la ciudad

tiene un árbol, el árbol tiene una bicicleta, la bicicleta tiene una montaña, la montaña tiene una palabra, la palabra tiene hambre, y el hambre se sienta en una mesa donde nadie sirve comida porque los platos han decidido dedicarse a la música; un plato toca el violonchelo con una rama de árbol, otro canta sobre el sistema solar, otro permanece callado durante nueve años, mientras un vaso de agua aprende a escribir novelas sobre motores diesel y una servilleta funda una universidad para estudiar la memoria de las piedras, la primera clase dura dos minutos y termina cuando una piedra levanta la mano para preguntar por qué las ventanas tienen apellido; nadie responde, excepto una lámpara que dice martes, después se apaga, reaparece en una playa, se convierte en caracol, abandona la playa y entra en una biblioteca donde un libro la acusa de haber robado una sombra en 1987, la lámpara presenta una coartada basada en tres cebollas y una fotografía del Himalaya, el juez escucha, bosteza y declara culpable a una nube; la nube acepta la sentencia, se muda a una caja de zapatos, allí conoce a un insecto que habla francés, el insecto le explica la historia del ferrocarril peruano usando únicamente nombres de frutas, pero la nube entiende todo y comienza a llorar tornillos, los tornillos forman una escalera que desciende hasta un sótano lleno de relojes sin horas, donde un anciano fabrica mañanas con papel periódico y las vende a personas que ya han olvidado el futuro; una de esas personas compra un mañana verde, lo guarda en una botella y viaja a una estación donde todos los trenes llegan desde lugares que no aparecen en los mapas, uno viene de una ciudad de hielo, otro desde el interior de un violín, otro desde la última página de un libro, otro desde una fotografía de una montaña, pero ninguno tiene pasa-

jeros, excepto un sombrero que baja lentamente, cruza el andén, compra un boleto hacia ninguna parte y desaparece detrás de una puerta que nunca estuvo allí; el andén se queda vacío, una mosca observa la escena, decide convertirse en arquitecta y diseña una catedral para las hormigas, pero las hormigas rechazan el proyecto porque prefieren vivir dentro de las palabras, construyen túneles entre las sílabas, duermen debajo de los adjetivos y comen pequeñas preposiciones durante el invierno, mientras un verbo solitario intenta encontrar sujeto, objeto, complemento, cualquier cosa, pero todos los elementos sintácticos han huido hacia una isla donde las frases no necesitan sentido para sobrevivir; allí las frases crecen como helechos, se mezclan con los peces, atraviesan las paredes, se desordenan en el aire, pierden sus verbos, abandonan sus sustantivos, intercambian sus adjetivos por tornillos y finalmente descubren que no necesitan decir nada, por eso una frase se convierte en una ventana, otra en un terremoto, otra en una taza, otra en un color que todavía no existe, mientras el lenguaje entero se sienta al borde de una piscina vacía y contempla cómo una pequeña pelota de tenis asciende lentamente hacia una constelación desconocida; nadie la sigue, porque todos están ocupados observando un árbol que acaba de convertirse en calendario, sus hojas muestran fechas imposibles, 41 de febrero, 93 de junio, miércoles 14 de naranja, madrugada del siglo infinito, y una de las hojas cae sobre un automóvil que inmediatamente se transforma en una ballena, la ballena atraviesa una avenida, sube por un ascensor, llega al piso treinta y siete y solicita una habitación con vista al océano, pero el recepcionista le entrega una llave de cartón y le indica que el océano se encuentra dentro del armario; la ballena

abre el armario, encuentra un desierto, atraviesa el desierto, descubre una puerta, detrás de la puerta hay una biblioteca, dentro de la biblioteca hay una bicicleta, sobre la bicicleta duerme un gato que sueña con ser presidente de una república formada por cucharas, pero al despertar descubre que las cucharas son montañas y que las montañas son recuerdos de una persona que nunca nació; esa persona recibe una carta enviada desde el año 2146, la carta contiene únicamente una fotografía de una piedra mojada, la fotografía contiene una dirección, la dirección conduce a un puerto donde los barcos están hechos de vidrio, el vidrio contiene arena, la arena contiene relojes, los relojes contienen silencio, el silencio contiene una puerta, la puerta contiene otra puerta, y la otra puerta contiene un cielo lleno de paraguas que caen hacia arriba mientras debajo de ellos una orquesta de peces toca música para nadie, completamente para nadie, porque nadie se encuentra allí, ni siquiera la ausencia, ni siquiera el recuerdo de la ausencia, únicamente una cuchara de mármol que atraviesa martes debajo del océano y continúa caminando hacia el lugar donde las palabras dejan de pertenecer a las cosas, donde las cosas pierden sus nombres, donde los nombres se convierten en ventanas, donde las ventanas olvidan el vidrio, donde el vidrio se convierte en lluvia, donde la lluvia aprende a ser una bicicleta, donde la bicicleta envejece dentro de una taza, donde la taza desaparece detrás de una montaña, donde la montaña comienza a hablar en francés con un zapato, donde el zapato responde mediante una fotografía de una galaxia, donde la galaxia se dobla como una servilleta, donde la servilleta se convierte en un océano, donde el océano se convierte en un botón, donde el botón cae dentro de una oficina, donde la oficina se convier-

te en una naranja, donde la naranja olvida haber sido fruta, donde la fruta aprende a medir distancias con una escalera, donde la escalera pierde todos sus peldaños y continúa subiendo, donde subir ya no significa nada, donde nada pesa demasiado, donde demasiado se convierte en poco, donde poco se convierte en una tormenta, donde la tormenta firma un contrato con una silla, donde la silla se jubila, donde la jubilación se vuelve amarilla, donde amarillo significa siete, donde siete significa una ventana cerrada, donde la ventana cerrada contiene una carretera, donde la carretera contiene un pez, donde el pez contiene una pregunta, donde la pregunta no pregunta, donde la respuesta tampoco responde, donde responder se convierte en caminar, donde caminar se convierte en una nube, donde la nube se convierte en un martes de papel, donde el papel arde sin fuego, donde el fuego se enfría dentro de un reloj, donde el reloj no marca ninguna hora, donde ninguna hora se convierte en una puerta, y la puerta permanece abierta hacia un lugar que tampoco existe, pero una bicicleta pasa por allí con los bolsillos llenos de lluvia, mientras una ballena de cartón firma documentos sobre la temperatura de los calcetines y las cucharas continúan creciendo debajo de las montañas, sin relación, sin destino, sin sintaxis, sin necesidad de llegar a ninguna parte, y entonces el paraguas se convirtió en una palabra que nadie había pronunciado, pero la palabra tenía dientes de porcelana y caminaba lentamente sobre una mesa de billar mientras siete relojes enterraban una naranja en el jardín de una estación espacial, aunque la estación espacial vendía entradas para un teatro donde solamente actuaban las sombras de los muebles, una sombra de armario recitaba sobre la agricultura de los espejos, otra sombra de lámpara discu-

tía con una montaña acerca de los impuestos del océano Índico, y una tercera sombra, que pertenecía a una silla inexistente, llevaba un sombrero lleno de arena magnética, por lo que todos los martes comenzaron a inclinarse hacia el norte; debajo de una escalera apareció un pequeño país fabricado con papel aluminio, sus habitantes tenían pasaportes de agua y votaban mediante cucharas, cada voto producía un trueno diminuto que caía sobre los techos de las bibliotecas, las bibliotecas, confundidas, cambiaban todos sus libros por bicicletas, las bicicletas exigían estanterías, las estanterías se negaban a sostenerlas porque habían desarrollado una preferencia por los peces, y los peces, completamente ajenos a la situación, organizaban una exposición de relojes sin manecillas dentro de una cueva donde el eco tenía forma de zapato; un zapato enorme cruzó el continente de lado a lado, se detuvo frente a una farmacia y pidió una receta para el insomnio de las montañas, el farmacéutico le entregó una fotografía de Venus doblada en ocho partes, pero Venus estaba ocupada lavando ventanas en una casa submarina, así que la fotografía se convirtió en una cuchara y la cuchara decidió viajar a Mongolia en autobús, aunque el autobús era un violín y Mongolia quedaba dentro de una caja de fósforos olvidada en un bolsillo; el bolsillo pertenecía a una estatua de yeso que había olvidado su propio rostro, por eso contrató a un fotógrafo especializado en retratos de objetos que nunca existieron, el fotógrafo llegó con una cámara sin lente y tomó tres fotografías del aire, en la primera apareció una puerta, en la segunda un tren, en la tercera una palabra azul que inmediatamente solicitó ciudadanía en un país que no tenía fronteras, ni gobierno, ni habitantes, pero sí una bandera hecha con queso y una capital debajo de una almo-

hada; la almohada guardaba sueños de elefantes matemáticos, cada elefante calculaba la distancia entre dos gotas de lluvia y luego olvidaba el resultado, porque las gotas habían decidido mudarse al interior de una biblioteca de filosofía donde las páginas se mojaban antes de ser escritas, los libros nacían con olor a carbón, aprendían a caminar durante la madrugada y se reproducían mediante fotocopias de capítulos que todavía no existían; uno de esos libros salió por la ventana, cayó sobre un taxi, el taxi se convirtió en una tortuga, la tortuga cruzó una avenida de mármol, llegó a una plaza donde una multitud de cucharas esperaba la llegada de un emperador de plástico, pero el emperador nunca llegó porque había perdido su corona dentro de una lavadora que giraba en dirección a Saturno; Saturno, indiferente, abrió una tienda de zapatos para astronautas, vendía zapatos transparentes, zapatos con memoria, zapatos que podían recordar la infancia de un volcán, zapatos capaces de caminar sobre fotografías, pero nadie compraba porque todos los clientes estaban ocupados mirando una escalera que descendía desde el cielo hasta una taza de café, cada peldaño llevaba escrito el nombre de una fruta diferente y, al llegar al último, una pera anunció que la gravedad había cambiado de domicilio; la gravedad empacó sus muebles en cajas de cartón, contrató a tres hormigas para transportar un sofá y se trasladó a una pequeña isla del Pacífico, donde abrió una escuela nocturna para enseñar a las piedras a caer, pero las piedras se negaron porque preferían permanecer quietas, así que la gravedad terminó enseñando a los paraguas a flotar, aunque los paraguas ya sabían hacerlo desde antes de que existieran las ciudades; una ciudad entera apareció entonces dentro de una taza de té, sus edificios crecían como

hongos de vidrio, sus habitantes viajaban en ascensores horizontales y las calles cambiaban de nombre cada vez que alguien estornudaba, una calle se llamaba "jueves", otra "cuchillo", otra "memoria del agua", otra simplemente "no", y una avenida completa estaba dedicada a los sonidos que producen las piedras cuando nadie las observa; en esa avenida un hombre vendía mapas de lugares que se encontraban detrás de las palabras, compré uno sin tener manos, lo guardé en un bolsillo que tampoco existía y seguí caminando hacia una estación donde los trenes no transportaban personas sino habitaciones, una locomotora llevaba un dormitorio, otra llevaba una cocina, otra una sala llena de cuadros, otra transportaba únicamente una ventana abierta, y el conductor era un pez con uniforme azul que jamás había aprendido a conducir porque los trenes se desplazaban mediante recuerdos de personas muertas; al llegar a la estación final, que quedaba dentro de una naranja, el pez bajó, entró en una cafetería y pidió una taza de café con sabor a noviembre, el camarero le sirvió un pequeño reloj de arena, el pez lo bebió lentamente y durante tres minutos recordó una casa que nunca había visto, una casa con siete puertas, tres chimeneas y una habitación completamente llena de paraguas secos; en aquella habitación vivía una mujer que coleccionaba sonidos de motores antiguos, guardaba cada sonido en frascos etiquetados con nombres de animales, pero una noche los frascos se rompieron y todos los sonidos escaparon por el techo, atravesaron las nubes y llegaron a una montaña que estaba celebrando su cumpleaños, la montaña recibió los sonidos como regalos, los envolvió en papel de periódico y los escondió debajo de una piedra, donde permanecieron hasta que una hormiga los encontró y decidió utilizarlos

para construir un puente hacia la luna; el puente duró exactamente una tarde, luego se convirtió en una cuerda, la cuerda se convirtió en una serpiente, la serpiente se convirtió en una carretera y la carretera empezó a conducir automóviles, cada automóvil tenía un conductor distinto, uno era un árbol, otro una cucharilla, otro una mujer de papel, otro un planeta pequeño, otro un vaso de agua, otro una fotografía de un caballo, y todos discutían porque nadie sabía quién tenía derecho de paso cuando el semáforo mostraba el color de una canción; la canción cambió a verde, el verde se convirtió en una puerta, la puerta se convirtió en una montaña, la montaña se convirtió en un sello postal, el sello postal viajó a Japón dentro de una carta sin dirección y allí fue utilizado para cerrar una caja que contenía una estatua de Napoleón hecha de hielo, la estatua despertó al escuchar una radio y decidió invadir una biblioteca, pero la biblioteca estaba defendida por cuatro gatos, dos diccionarios y una planta de interior que sabía karate; la invasión terminó antes de comenzar porque Napoleón olvidó por qué había venido y se quedó leyendo un libro sobre volcanes, mientras los gatos se retiraron a una cafetería donde discutieron acerca de la ética de las cebollas, las cebollas, al enterarse, lloraron sobre un mapa de Europa, el mapa absorbió las lágrimas y se convirtió en una piscina, la piscina se llenó de peces dorados que sabían latín, los peces escribieron una constitución sobre una hoja de lechuga y eligieron presidente a una piedra de río que nunca había hablado pero que tenía una excelente capacidad para permanecer inmóvil; la piedra recibió la banda presidencial, inauguró una estatua de una cuchara y pronunció un discurso de cuarenta minutos utilizando únicamente silencios, el público comprendió absolutamente

todo y salió de la plaza caminando hacia atrás, excepto un hombre que caminó hacia adelante hasta encontrar una puerta amarilla en medio de un campo de nieve, abrió la puerta y descubrió un verano, entró en el verano y encontró una escalera mojada, bajó por ella y llegó a una estación de metro construida debajo de un océano, los vagones estaban llenos de nubes, las nubes llevaban maletas, las maletas contenían fotografías de personas que todavía no habían nacido, y una de las fotografías mostraba a un anciano sentado frente a una ventana mientras una bicicleta atravesaba la pared; el anciano levantó la mirada, vio la bicicleta y preguntó qué hora era, pero la bicicleta respondió con una receta para preparar sopa de mercurio, entonces el anciano abrió un diccionario, buscó la palabra "bicicleta" y encontró una fotografía de un volcán, buscó "volcán" y encontró un número de teléfono, llamó al número y contestó una ballena desde una oficina en Quito, la ballena estaba ocupada redactando un informe sobre la migración de los sombreros, explicó que los sombreros viajaban durante el invierno hacia ciudades costeras y durante el verano hacia habitaciones sin techo, pero nadie le creyó porque la ballena llevaba una corbata de papel y las corbatas de papel no constituyen evidencia científica; la ciencia, entonces, abandonó el edificio, salió por una puerta trasera y se convirtió en una pequeña hormiga que caminó hasta una mesa donde un vaso de leche estudiaba astronomía, el vaso había dibujado nueve planetas sobre una servilleta, pero había olvidado colocar estrellas, así que añadió tres cucharas, dos zapatos y un pequeño automóvil, después declaró que el universo necesitaba más ventanas; las ventanas aparecieron inmediatamente, miles de ventanas flotaron sobre la ciudad como aves transparen-

tes, algunas mostraban el mar, otras mostraban el desierto, otras mostraban una habitación vacía, otras mostraban el interior de una palabra, y una mostraba un hombre sentado en una silla leyendo exactamente el poema que estaba ocurriendo en ese momento, aunque el hombre no podía terminar de leerlo porque cada vez que avanzaba una línea la línea desaparecía y reaparecía en otro idioma, luego en una ecuación, luego en una fotografía de una naranja, luego en una receta para reparar relojes; el hombre cerró el libro, el libro se abrió solo, la habitación se llenó de arena, la arena comenzó a cantar, el canto llamó a una locomotora, la locomotora llegó sin vías, atravesó la pared y dejó sobre el suelo una caja de madera, dentro de la caja había una escalera pequeña, sobre la escalera dormía un pez, el pez llevaba una corona de cobre y tenía una llave en la boca, la llave abría una puerta debajo de la ciudad, detrás de la puerta había un bosque donde los árboles tenían relojes en lugar de frutos, cada reloj marcaba una hora distinta, pero ninguna hora coincidía con el día, el día se había perdido en algún lugar entre una fotografía y una palabra, y la noche lo buscaba con una linterna; la linterna estaba hecha de hielo, el hielo estaba caliente, el calor tenía forma de triángulo y el triángulo pertenecía a una familia de cucharones que vivía en un edificio de siete pisos, en el quinto piso una mujer fabricaba planetas de arcilla, en el sexto un niño vendía recuerdos falsos, en el séptimo un perro estudiaba derecho constitucional, mientras en el sótano una radio transmitía noticias desde una ciudad sumergida, informaba que los edificios habían aprendido a respirar y que las calles comenzaban a producir árboles, pero los árboles se negaban a crecer porque preferían convertirse en relojes de bolsillo; uno de los relojes escapó por una alcantarilla,

llegó a un río, se dejó llevar por la corriente y terminó en una ciudad africana donde una estatua de bronce lo confundió con un huevo, lo incubó durante nueve meses y finalmente produjo una bicicleta pequeña, la bicicleta tenía dos ruedas cuadradas y viajaba solamente en línea vertical, subía por las paredes de las casas, atravesaba techos, descendía por chimeneas, entraba en habitaciones y salía por los espejos, hasta que encontró un espejo que no reflejaba nada porque había decidido dedicarse a la pintura; el espejo pintaba retratos de personas que no tenían rostro, cada retrato mostraba únicamente una silla, una silla diferente en cada cuadro, algunas eran antiguas, otras eléctricas, otras flotaban, otras crecían como árboles, otra llevaba una corona de espinas y discutía con una tetera sobre el futuro de los ferrocarriles, la tetera defendía los trenes, la silla defendía los barcos, pero ambos olvidaban constantemente qué significaban tren y barco, por lo que la discusión se convirtió en una receta de pan; el pan fue colocado en una biblioteca, la biblioteca lo catalogó como astronomía, astronomía lo catalogó como zoología, zoología lo catalogó como literatura, literatura lo catalogó como accidente, accidente lo catalogó como martes, y martes se negó a aceptar la clasificación porque tenía una preferencia personal por los jueves; una multitud de jueves apareció detrás de la puerta, todos llevaban sombreros, todos hablaban al mismo tiempo, ninguno decía nada comprensible, uno señalaba una montaña, otro señalaba una cuchara, otro señalaba una ventana, otro señalaba el cielo, otro señalaba un zapato, hasta que una pequeña niña señaló el suelo y el suelo se abrió como una página de libro, debajo apareció una ciudad invertida donde los ríos corrían hacia las nubes y las nubes caían dentro de los edificios, las perso-

nas caminaban por los techos y las casas dormían en los jardines, mientras un ejército de paraguas vigilaba una frontera hecha de chocolate; el chocolate se derritió, la frontera desapareció, los paraguas abandonaron sus puestos y comenzaron a trabajar como músicos callejeros, tocaban instrumentos que nadie había inventado, cada instrumento producía un olor diferente, olor a cobre, olor a nieve, olor a fotografías antiguas, olor a hospitales vacíos, olor a gasolina, olor a madera mojada, olor a una tarde que nunca ocurrió, y una de esas melodías llamó a una ballena que atravesó el cielo como si fuera agua, pasó sobre una catedral, sobre un estadio, sobre una fábrica de relojes, sobre una biblioteca, sobre un bosque, sobre un continente que parecía una taza, y finalmente cayó dentro de un bolsillo; el bolsillo se cerró, nadie volvió a encontrarlo, pero desde entonces las personas escuchaban de vez en cuando un océano debajo de sus abrigos, especialmente durante los miércoles, cuando las cucharas abandonaban las cocinas y salían a caminar por las avenidas, buscando una montaña que les había prometido trabajo; la montaña ofrecía puestos de guardia, jardinería, astronomía y traducción de silencios, pero ninguna cuchara aceptó porque todas querían dedicarse a la fotografía, compraron cámaras, retrataron árboles, edificios, perros, relojes, nubes, piedras, manos, puertas, océanos y cosas que todavía no tenían nombre, luego revelaron las fotografías dentro de un horno y descubrieron que todas mostraban la misma habitación vacía con una silla en el centro; la silla estaba ocupada por un sombrero, el sombrero estaba ocupado por una palabra, la palabra estaba ocupada por una tormenta, la tormenta estaba ocupada por una bicicleta, la bicicleta estaba ocupada por una montaña, la montaña estaba ocupada por

un océano, el océano estaba ocupado por un reloj, el reloj estaba ocupado por una naranja, la naranja estaba ocupada por un tren, el tren estaba ocupado por una biblioteca, la biblioteca estaba ocupada por un pez, el pez estaba ocupado por una puerta, la puerta estaba ocupada por un silencio, y el silencio, sin ocupar nada, permaneció sentado en la silla hasta que el sombrero comenzó a llover; la lluvia atravesó el sombrero, cayó sobre la palabra, la palabra se convirtió en pez, el pez se convirtió en escalera, la escalera se convirtió en carretera, la carretera se convirtió en espejo, el espejo se convirtió en ventana, la ventana se convirtió en montaña, la montaña se convirtió en una taza, la taza se convirtió en un documento oficial, el documento fue firmado por una nube y archivado dentro de una caja de zapatos, la caja de zapatos fue enterrada en una playa que ya no tenía arena porque toda la arena había emigrado a una biblioteca de Berlín, donde una mujer la clasificaba por tonalidades de silencio; al final de la tarde, aunque la tarde no había comenzado, una puerta verde atravesó un campo de relojes, encontró un árbol que estaba leyendo un periódico, le preguntó por el camino hacia la estación, el árbol señaló hacia una fotografía, la fotografía señaló hacia una cuchara, la cuchara señaló hacia el cielo, el cielo señaló hacia un bolsillo, el bolsillo señaló hacia una montaña, la montaña señaló hacia un pez, el pez señaló hacia una palabra, la palabra señaló hacia ninguna parte, y ninguna parte, inesperadamente, abrió una tienda de paraguas donde todos los paraguas tenían nombres de ciudades, pero ninguna ciudad aceptaba llevar paraguas, porque las ciudades estaban ocupadas convirtiéndose en zapatos, los zapatos en barcos, los barcos en bibliotecas, las bibliotecas en relojes, los relojes en árboles, los árboles en

fotografías, las fotografías en océanos, los océanos en cucharas, las cucharas en montañas, las montañas en ventanas, las ventanas en palabras, las palabras en silencio, el silencio en una bicicleta que pedaleaba lentamente sobre una carretera inexistente, mientras arriba un tren de papel cruzaba una nube cuadrada, debajo una naranja dormía dentro de una caja fuerte, al costado un pez escribía con tinta invisible sobre una pared de mármol, y en algún lugar que no pertenece a ninguna dirección una pequeña puerta seguía abierta, no hacia adelante, no hacia atrás, no hacia arriba, no hacia abajo, sino hacia un lugar sin preposiciones donde los nombres perdían sus significados antes de encontrarlos, donde los verbos se convertían en objetos, los objetos en colores, los colores en animales, los animales en estaciones ferroviarias, las estaciones en cucharas, las cucharas en recuerdos, los recuerdos en ventanas, las ventanas en lluvia, la lluvia en una palabra que nadie había pronunciado y que, sin embargo, llevaba desde siempre un sombrero lleno de arena, mientras el paraguas, todavía convertido en nada, continuaba caminando sobre una mesa de billar hacia el extremo equivocado del universo, en el que una cuchara encontró una puerta debajo de una montaña de jabón, la puerta tenía siete bisagras pero ninguna pared, las bisagras conversaban en voz baja sobre la historia de los volcanes, un volcán les respondió desde una taza de porcelana y pidió un billete hacia Estambul, pero Estambul estaba ocupado dentro de una fotografía que un pez llevaba en el bolsillo, el pez no tenía bolsillos y por eso la fotografía permanecía suspendida detrás de su aleta izquierda, donde una pequeña estación de tren recibía pasajeros hechos de cartón, todos llevaban relojes detenidos a diferentes horas y todos esperaban un tren que había sali-

do antes de existir; el tren llegó finalmente convertido en una palabra amarilla, atravesó la estación sin detenerse y dejó sobre el andén una caja de herramientas llena de mariposas, cada mariposa contenía una biblioteca, cada biblioteca contenía una escalera, cada escalera contenía una ventana, cada ventana contenía una tormenta, cada tormenta contenía una fotografía de una piedra, y cada piedra tenía una opinión distinta sobre la arquitectura de los peces, pero ninguna piedra hablaba porque las opiniones se habían quedado atrapadas en una fábrica de paraguas donde las máquinas producían solamente miércoles de color violeta; los miércoles salían de la fábrica en largas filas, algunos tenían sombreros, otros tenían ruedas, otros llevaban documentos oficiales, otros cargaban pequeñas montañas dentro de sus bolsillos, uno de ellos abrió un restaurante en una esquina de la luna y contrató como cocinero a un espejo, el espejo preparaba sopa de reflejos, ensalada de automóviles y postres hechos con fotografías de océanos, pero los clientes no podían comer porque sus bocas pertenecían a retratos colgados en una pared de ladrillos; la pared comenzó a caminar, cruzó una plaza, atravesó una fuente, subió a un autobús y pidió al conductor que la llevara hasta el mar, el conductor era una lámpara que conocía solamente tres direcciones: martes, cuchara y ninguna parte, así que el autobús recorrió una carretera circular hasta regresar al mismo lugar, donde una multitud de paraguas esperaba una conferencia sobre la reproducción de las piedras; el conferencista llegó en bicicleta, se presentó como doctor en astronomía doméstica y mostró una diapositiva completamente negra, explicó que aquella imagen representaba el interior de un reloj que había perdido todas sus horas, luego mostró una segunda dia-

positiva completamente blanca, dijo que representaba el exterior de una naranja, y finalmente mostró una fotografía de un zapato flotando en una piscina, afirmó que era una prueba irrefutable de que las ventanas no pueden cocinar arroz; el público aplaudió con cucharas, los aplausos produjeron pequeñas olas, las olas llenaron una biblioteca, los libros comenzaron a nadar, los diccionarios se hundieron, las novelas flotaron, los atlas se convirtieron en peces y los libros de poesía se escondieron debajo de una mesa porque tenían miedo de las matemáticas; las matemáticas, mientras tanto, caminaban por un bosque llevando una maleta llena de números, cada número era una llave y cada llave abría una puerta diferente, una puerta conducía a un hospital vacío, otra a una playa de invierno, otra a un supermercado donde las latas tenían recuerdos de infancia, otra a una estación espacial donde las estrellas vendían entradas para conciertos de música silenciosa, y otra puerta simplemente daba a una pared que respiraba lentamente; la pared tenía fiebre de colores, un médico llegó desde una montaña rusa, llevaba una bata hecha de mapas y un estetoscopio de cobre, escuchó el corazón de la pared y diagnosticó una enfermedad relacionada con los martes, recomendó reposo, tres cucharadas de arena y evitar contacto con bicicletas durante cuarenta y ocho horas, pero la pared no obedeció, se levantó, tomó una sombrilla, atravesó el techo y desapareció dentro de una nube que estaba leyendo un libro sobre la historia de los tornillos; el libro tenía mil páginas, todas en blanco excepto la página 763, donde aparecía un dibujo de una hormiga llevando una montaña sobre la espalda, la hormiga miró al lector, cerró el libro y continuó caminando hacia una ciudad construida completamente con cucharas de madera, en la

ciudad las casas tenían ventanas redondas, los árboles crecían dentro de los dormitorios, los perros hablaban mediante campanas y las campanas dormían dentro de los buzones, mientras un hombre vendía fotografías de puertas cerradas y una mujer compraba fotografías de puertas abiertas, ninguno sabía por qué, pero ambos estaban convencidos de que las fotografías tenían sabor a sal; la sal fue transportada por un río que fluía desde una mesa de comedor hasta una cordillera de papel, el río llevaba barcos diminutos, cada barco tenía una vela hecha de piel de naranja y un capitán que era una llave oxidada, los barcos navegaban hacia una isla donde las sombras tenían cuerpo y las personas solamente tenían reflejos, un reflejo entró en una cafetería, pidió un vaso de agua y se sentó junto a una ventana, la ventana le preguntó por su nombre, el reflejo dijo que se llamaba jueves, la ventana respondió que jueves ya no existía, el reflejo se levantó, salió a la calle y descubrió que la ciudad había cambiado de lugar; las calles estaban ahora debajo del cielo, las aceras flotaban sobre los árboles, los semáforos señalaban animales y los automóviles se desplazaban lentamente por las paredes, un autobús lleno de peces pasó frente a una iglesia, se detuvo, abrió las puertas y dejó bajar a una multitud de relojes, cada reloj llevaba una pequeña maleta, cada maleta contenía una fotografía de una casa, cada casa contenía una cocina, cada cocina contenía una taza, cada taza contenía una nube, cada nube contenía un continente, y cada continente contenía una pequeña puerta que nadie podía abrir porque las llaves habían emigrado a una isla donde el invierno tenía forma de triángulo; en aquella isla una mujer fabricaba zapatos para árboles, utilizaba madera para fabricar zapatos de madera, utilizaba hojas para fabricar cordo-

nes y utilizaba fotografías de lluvia para fabricar suelas, los árboles estaban satisfechos, pero uno de ellos pidió un par de zapatos para caminar hasta la luna, la mujer se los entregó, el árbol se los puso y comenzó a caminar, primero lentamente, después hacia arriba, después dentro de una fotografía, después fuera de la fotografía, hasta llegar a una habitación donde una lámpara tocaba el piano con una cuchara de plata; el piano no tenía teclas, pero producía música de todos modos, una música que olía a gasolina y tenía la textura de una escalera, la lámpara escuchaba con atención, la cuchara lloraba pequeñas gotas de mercurio imaginario y una silla bailaba en un rincón, la silla llevaba un sombrero negro, el sombrero contenía una tormenta, la tormenta contenía una ballena, la ballena contenía una biblioteca, la biblioteca contenía una taza, la taza contenía una fotografía, la fotografía contenía una montaña, la montaña contenía una puerta, la puerta contenía una palabra, la palabra contenía un silencio, y el silencio contenía una bicicleta que nunca dejó de moverse aunque no tenía ruedas; la bicicleta atravesó la habitación, salió por una ventana, cruzó un océano, llegó a una ciudad costera, encontró un museo dedicado a los objetos perdidos, entró por la puerta principal y observó miles de cosas abandonadas: paraguas sin lluvia, relojes sin tiempo, cartas sin destinatarios, fotografías sin personas, zapatos sin pies, llaves sin cerraduras, cerraduras sin puertas, puertas sin habitaciones, habitaciones sin casas, casas sin ciudades, ciudades sin calles, calles sin suelo, suelos sin tierra, tierras sin mapas, mapas sin lugares, lugares sin nombres, nombres sin palabras, palabras sin sonido, sonidos sin aire, aire sin cielo, cielo sin arriba, arriba sin abajo, abajo sin suelo, y un pequeño botón rojo que nadie había perdido

pero que llevaba siglos esperando ser encontrado; el botón comenzó a vibrar, la vibración abrió una grieta en el museo, la grieta mostró un paisaje lleno de trenes transparentes, los trenes viajaban en todas direcciones al mismo tiempo y llevaban vagones llenos de agua, cada gota de agua contenía una historia distinta, una hablaba de un emperador que gobernaba una colonia de hormigas, otra hablaba de una mujer que vivía dentro de un reloj, otra hablaba de un perro que quería ser océano, otra hablaba de un océano que quería ser bicicleta, otra hablaba de una bicicleta que soñaba con ser montaña, y otra no hablaba de nada porque había olvidado el idioma antes de nacer; la gota cayó sobre una mesa, la mesa se convirtió en un barco, el barco navegó por una taza, la taza se convirtió en mar, el mar se convirtió en espejo, el espejo se convirtió en puerta, la puerta se convirtió en un bosque, el bosque se convirtió en periódico, el periódico se convirtió en una serpiente, la serpiente se convirtió en una escalera, la escalera se convirtió en una palabra, la palabra se convirtió en una naranja, la naranja se convirtió en un reloj, el reloj se convirtió en una bicicleta, la bicicleta se convirtió en una fotografía, la fotografía se convirtió en una montaña, la montaña se convirtió en una cuchara, la cuchara se convirtió en una habitación, la habitación se convirtió en un océano y el océano se convirtió en un pequeño punto azul que desapareció detrás de una cortina; detrás de la cortina había una mujer leyendo un libro que no tenía páginas, pasaba las hojas con cuidado aunque no existían, cada página invisible producía un sonido distinto, una producía un trueno, otra un ladrido, otra un tren, otra una gota de agua, otra el ruido de una puerta cerrándose, otra el silencio de una habitación después de una conversación, y otra produ-

cía simplemente el color amarillo; la mujer guardó el color amarillo en un frasco, cerró el frasco con una tapa de cobre y lo colocó sobre una repisa junto a una piedra, una fotografía de la luna y un vaso vacío, el vaso vacío comenzó a llenarse con recuerdos de personas desconocidas, primero una infancia en una ciudad costera, después una estación ferroviaria, después un jardín con árboles de limón, después una habitación donde alguien tocaba una guitarra, después una carretera bajo la lluvia, después nada, después otra vez una infancia distinta, y el vaso finalmente se rompió porque tenía demasiados recuerdos; los pedazos del vaso formaron una constelación sobre el suelo, la constelación dibujaba un pez, el pez dibujaba una puerta, la puerta dibujaba una silla, la silla dibujaba una montaña, la montaña dibujaba una ciudad, la ciudad dibujaba una cuchara, la cuchara dibujaba un círculo, el círculo dibujaba una ventana, la ventana dibujaba una casa, la casa dibujaba un océano, el océano dibujaba una bicicleta, la bicicleta dibujaba un hombre, el hombre dibujaba una palabra, y la palabra dibujaba exactamente la misma puerta que había aparecido al principio, pero ahora la puerta era diminuta y estaba dentro de una semilla; la semilla fue plantada en una maceta, la maceta estaba sobre una mesa, la mesa estaba dentro de una habitación, la habitación estaba dentro de una casa, la casa estaba dentro de una ciudad, la ciudad estaba dentro de un país, el país estaba dentro de un continente, el continente estaba dentro de un planeta, el planeta estaba dentro de una galaxia, la galaxia estaba dentro de una fotografía, la fotografía estaba dentro de un bolsillo, el bolsillo estaba dentro de un abrigo, el abrigo estaba dentro de un armario, el armario estaba dentro de un museo, el museo estaba dentro de una palabra y la palabra estaba den-

tro de una semilla que todavía no había sido plantada; entonces la semilla comenzó a crecer hacia abajo, atravesó la mesa, atravesó la habitación, atravesó la casa, atravesó la ciudad, atravesó el planeta, atravesó la galaxia, atravesó la fotografía, atravesó el bolsillo, atravesó el abrigo, atravesó el armario, atravesó el museo y salió por el otro lado de la palabra, donde encontró una playa sin mar y un mar sin playa, un sol de papel colgaba sobre el horizonte y una luna de madera descansaba sobre una silla, una silla que tenía cuatro patas pero ninguna dirección, porque las direcciones se habían convertido en frutas y las frutas estaban ocupadas creciendo dentro de los relojes; un reloj dio doce campanadas, pero las campanadas fueron doce peces, los peces atravesaron una ventana, la ventana cayó sobre una bicicleta, la bicicleta se convirtió en una escalera, la escalera subió hasta una nube, la nube bajó hasta una taza, la taza se llenó de arena, la arena se convirtió en nieve, la nieve se convirtió en humo, el humo se convirtió en una carta, la carta se convirtió en una montaña, la montaña se convirtió en una fotografía, la fotografía se convirtió en una palabra y la palabra dejó de existir antes de terminar de pronunciarse; nadie notó su desaparición porque todos estaban observando una pequeña piedra que intentaba aprender a silbar, la piedra sopló durante varias horas, no produjo sonido, entonces decidió escribir una novela, escribió tres millones de páginas sobre una cucharilla que buscaba a su madre en una estación espacial, pero todas las páginas resultaron ser fotografías de árboles, así que la piedra abandonó la literatura y abrió una tienda de ventanas; la tienda vendía ventanas para habitaciones que no tenían paredes, ventanas redondas, cuadradas, transparentes, opacas, húmedas, musicales, algunas

mostraban el pasado, otras el futuro, otras mostraban un pasillo interminable, una mostraba un bosque de relojes, otra mostraba una montaña dentro de una taza, otra mostraba una ciudad dormida debajo de una manta, y otra no mostraba nada, pero cobraba más porque nadie podía saber qué había detrás; una mujer compró aquella ventana con tres monedas de madera, la llevó a su casa, la colocó sobre una pared inexistente y comenzó a escuchar golpes del otro lado, primero uno, luego dos, luego cien, después miles, abrió la ventana y encontró una multitud de paraguas caminando hacia ella, todos estaban mojados, todos tenían zapatos, todos llevaban pequeñas maletas, todos buscaban una habitación donde pudieran olvidar la lluvia; la mujer les ofreció una biblioteca, los paraguas aceptaron, entraron en fila, ocuparon las estanterías, se acomodaron entre los libros y comenzaron a dormir, durante la noche soñaron con desiertos, durante el día soñaron con océanos, durante la tarde soñaron con trenes y durante la madrugada soñaron con cucharas, hasta que uno de ellos soñó con una puerta verde y al despertar la puerta apareció realmente en medio de la biblioteca; nadie quiso abrirla, excepto un pez que estaba leyendo un atlas, el pez empujó la puerta con la cabeza y descubrió una habitación completamente vacía, salvo por una mesa, sobre la mesa había una naranja, dentro de la naranja había una ciudad, dentro de la ciudad había una estación, dentro de la estación había un tren, dentro del tren había una biblioteca, dentro de la biblioteca había una silla, sobre la silla había un sombrero, dentro del sombrero había una tormenta, dentro de la tormenta había una ballena, dentro de la ballena había un océano, dentro del océano había una bicicleta, sobre la bicicleta había una palabra, y dentro de la

palabra había una puerta que daba nuevamente a la habitación vacía; el pez cerró la puerta, volvió a la biblioteca, dejó el atlas sobre una mesa y se convirtió en una pequeña nube, la nube flotó hacia el techo, atravesó el techo, atravesó el cielo, atravesó una estrella, atravesó un planeta, atravesó una fotografía, atravesó una palabra, atravesó un silencio y llegó a un lugar donde no existía arriba ni abajo, ni antes ni después, ni aquí ni allá, solamente una inmensa superficie de papel donde crecían cucharas como flores y las flores daban relojes como frutos, cada reloj marcaba una hora distinta de un día que nunca había sucedido; allí una bicicleta descansaba bajo un árbol de vidrio, el árbol tenía raíces de cobre, las raíces atravesaban el suelo y llegaban hasta un océano subterráneo donde los peces llevaban sombreros de copa, los peces celebraban una ceremonia, coronaban a una piedra como reina del invierno, la piedra aceptaba la corona, la corona se convertía en una puerta, la puerta se convertía en una naranja, la naranja se convertía en un mapa, el mapa se convertía en una carretera, la carretera se convertía en una silla, la silla se convertía en un reloj, el reloj se convertía en una cuchara, la cuchara se convertía en una montaña, la montaña se convertía en una palabra, la palabra se convertía en un paraguas, el paraguas se convertía en lluvia, la lluvia se convertía en una fotografía, la fotografía se convertía en un pez, el pez se convertía en una bicicleta, la bicicleta se convertía en una ventana, la ventana se convertía en un océano, el océano se convertía en una taza, la taza se convertía en una escalera, la escalera se convertía en una nube y la nube se convertía en una pequeña habitación con una puerta amarilla; detrás de la puerta amarilla no había nada, pero ese nada tenía una temperatura, un olor, una sombra y un

pequeño ruido parecido al de una máquina de escribir bajo el agua, el ruido creció, se volvió una tormenta, la tormenta se volvió una locomotora, la locomotora se volvió una palabra, la palabra se volvió una piedra, la piedra se volvió un árbol, el árbol se volvió un edificio, el edificio se volvió una fotografía, la fotografía se volvió un recuerdo, el recuerdo se volvió una cuchara y la cuchara, cansada de transformarse, se sentó sobre una mesa y decidió permanecer allí para siempre, pero para siempre duró exactamente nueve segundos porque una mariposa entró por la ventana, tocó la cuchara con una de sus alas y convirtió la mesa en un continente; el continente flotó hacia una ciudad desconocida, la ciudad tenía calles de agua, edificios de arena y semáforos que mostraban únicamente fotografías de perros, un perro observó uno de los semáforos y decidió cruzar, cruzó la calle, atravesó una pared, llegó a una habitación, encontró un libro, abrió el libro, encontró una montaña, subió la montaña, encontró una puerta, abrió la puerta, encontró un océano, nadó en el océano, encontró una bicicleta, montó la bicicleta, encontró una ventana, miró por la ventana, encontró una taza, bebió de la taza, encontró una naranja, peló la naranja, encontró una ciudad, caminó por la ciudad, encontró una estación, tomó un tren, llegó a una biblioteca, encontró una silla, se sentó, encontró un sombrero, se lo puso, encontró una tormenta, la atravesó, encontró una ballena, habló con ella, encontró una palabra, la pronunció, y la palabra produjo un sonido que hizo desaparecer todas las puertas durante un instante; ese instante fue suficiente para que el cielo entrara en la tierra, la tierra entrara en una fotografía, la fotografía entrara en una cuchara, la cuchara entrara en una bicicleta, la bicicleta entrara en un reloj, el reloj entrara en una monta-

ña, la montaña entrara en un bolsillo, el bolsillo entrara en una casa, la casa entrara en una nube, la nube entrara en una palabra, y la palabra entrara en el silencio; después todo volvió a cambiar sin regresar realmente, las ventanas comenzaron a crecer en los árboles, los árboles empezaron a caminar por las estaciones, las estaciones comenzaron a escribir cartas a los océanos, los océanos enviaron respuestas dentro de botellas, las botellas contenían arena, la arena contenía fotografías, las fotografías contenían relojes, los relojes contenían pájaros, los pájaros contenían trenes, los trenes contenían ciudades, las ciudades contenían montañas, las montañas contenían cucharas, las cucharas contenían puertas, las puertas contenían habitaciones, las habitaciones contenían palabras, las palabras contenían silencios, los silencios contenían bicicletas y las bicicletas contenían únicamente el recuerdo de haber sido bicicletas; una última ventana se abrió sobre una pared que no existía, detrás de ella apareció una carretera interminable, sobre la carretera caminaba un paraguas sin tela, llevaba una maleta sin fondo y dentro de la maleta dormía una pequeña galaxia, la galaxia respiraba lentamente, cada respiración producía un planeta, cada planeta producía una montaña, cada montaña producía una piedra, cada piedra producía una palabra, cada palabra producía una puerta, cada puerta producía una habitación, cada habitación producía una ventana, cada ventana producía un océano, cada océano producía una bicicleta, cada bicicleta producía una cuchara, cada cuchara producía un reloj, cada reloj producía una naranja, cada naranja producía una fotografía, cada fotografía producía una sombra, cada sombra producía una silla, cada silla producía un sombrero, cada sombrero producía una tormenta, cada

tormenta producía una ballena, cada ballena producía una biblioteca, cada biblioteca producía un libro, cada libro producía una página, cada página producía una palabra que ya no sabía qué significaba, porque el significado había salido caminando por una puerta lateral y se había perdido en un mercado de objetos transparentes; allí vendían relojes sin tiempo, mapas sin territorios, nombres sin personas, fotografías sin luz, ventanas sin habitaciones, llaves sin cerraduras, océanos sin agua, bicicletas sin ruedas, montañas sin piedra, árboles sin hojas, cucharas sin metal, paraguas sin lluvia, y una pequeña caja de cartón que contenía algo que nadie podía nombrar; la caja fue comprada por una mujer que no tenía manos, llevada por un hombre que no tenía pies, guardada dentro de una casa que no tenía techo y olvidada sobre una mesa que no tenía superficie, hasta que una mañana que nunca llegó alguien abrió la caja y encontró dentro una puerta diminuta, detrás de la puerta una carretera diminuta, detrás de la carretera un océano diminuto, detrás del océano una montaña diminuta, detrás de la montaña una biblioteca diminuta, detrás de la biblioteca una bicicleta diminuta, detrás de la bicicleta una cuchara diminuta, detrás de la cuchara un reloj diminuto, detrás del reloj una naranja diminuta, detrás de la naranja una fotografía diminuta, detrás de la fotografía una palabra diminuta, detrás de la palabra un silencio diminuto, y detrás del silencio absolutamente nada, pero nada empezó a crecer, primero como una semilla, después como una habitación, después como una ciudad, después como un planeta, después como una galaxia, después como una inmensa página blanca que cubrió todas las cosas sin borrarlas, dejando únicamente algunas cucharas, algunos paraguas, una bicicleta, una venta-

na, un pez, una montaña, una taza y un reloj sin agujas; el reloj no marcaba ninguna hora, pero seguía avanzando hacia un instante imposible, un instante que no tenía nombre, ni dirección, ni fecha, ni memoria, y cuando finalmente llegó, no ocurrió nada, solamente una pequeña puerta apareció sobre el horizonte, se abrió hacia una oscuridad llena de colores, los colores se convirtieron en pájaros, los pájaros en estaciones, las estaciones en libros, los libros en océanos, los océanos en cucharas, las cucharas en montañas, las montañas en ventanas, las ventanas en bicicletas, las bicicletas en fotografías, las fotografías en palabras, las palabras en silencios, los silencios en paraguas y los paraguas, sin saber por qué, comenzaron a llover hacia arriba mientras debajo de ellos una ballena de cartón firmaba documentos sobre la temperatura de los calcetines, un pez tocaba una trompeta dentro de una biblioteca vacía, una montaña compraba boletos para un tren inexistente, una naranja discutía con una silla sobre la política de los espejos, un reloj enterraba un jueves debajo de una taza de café, una ventana aprendía a caminar, una bicicleta olvidaba sus ruedas, una cuchara se convertía en luna, la luna se convertía en piedra, la piedra se convertía en carta, la carta se convertía en océano, el océano se convertía en una pequeña habitación, la habitación se convertía en un árbol, el árbol se convertía en una puerta, la puerta se convertía en nada, y la nada, completamente cansada de no ser nada, se puso un sombrero, tomó una maleta, cruzó una carretera que no conducía a ninguna parte, entró en una estación sin trenes, compró un boleto sin destino, se sentó junto a una ventana sin vidrio, observó una lluvia sin agua, escuchó una música sin sonido, recordó una ciudad sin calles, olvidó una palabra sin significado y esperó, sin

esperar, hasta que el universo entero se convirtió en una cuchara de mármol atravesando martes debajo del océano, y siguió, sin final, sin principio, sin relación, sin sintaxis, sin dirección, sin necesidad de significar absolutamente nada.

¡Esto es un poema!

Cerveza láctea
dialoga el yeso entre párpados de mercurio
agricultura solfeando clavículas diamantinas,
si acaso el túnel
rebanaba horizontes de mostaza
velero constipado bajo el musgo orbital del
jueves, epidermis rencorosa
trenzaba notariado en fósforos,
ejército de girasoles,
paraguas que desintegran la cornamenta
sobre locomotoras de papel maché,
helicóptero sumergido en gelatina,
verbena sanmarquina donde el
trapo, como sostén cosmogónico
asía la pandereta astral
mientras en el atlántico se desayunan cromosomas
de madrigueras,
paraguas otra vez, no, nunca,
el mismo paraguas, la
estantería fósil que lamía
ecuaciones de azafrán
sobre la rodilla del vacilante ferrocarril
que no era ferrocarril,
sino intestino de ámbar,

encaja la carcajada geológica
descascaraba satélites de papel couché,
prontuario de uñas en la espalda
del aletargado telegrama,
calzador de zapatos que
zigzagueaba entre falanges de niebla condensada
es la buhardilla donde el plomo
sudaba margaritas de ortopedia
y el perchero clausura
al molusco vehemente,
y el volcán mastica en el itsmo
la glucosa de la carpintería,
acaso anáfora de metáfora descalza
sobre el ladrillo luminiscente
de la alucinación,
tornillo de 34 mm. que amamantaba
a un diccionario de ceniza,
a lo lejos un saxofón de saliva,
tipo suburbana,
que sacudía los tendones
del reloj de agua
empapelado de intriga,
mostacho de piedra pómez
flotaba encima de la corbata submarina
que una vez fue oxígeno
y ahora es batata de corcho,
candelabro con la rótula del silencio
en una mesa mecha hecha
de susurros fosilizados,
la aldaba de terciopelo
entreabriendo las encías del horizonte

mientras el sarcófago
horneaba buñuelos de antimateria
y la escoba de código Morse
barría las constelaciones caídas
debajo del sofá embrionario,
la lámpara sin lengua
alumbraba el cartílago de la nostalgia
donde el esternón del viento
se quebraba en sílabas de zinc
cual péndulo de heno que columpiaba,
y le introduce entre las cejas del eclipse
una nevera antropológica
que congelaba las metáforas del queso
mientras el fémur de la tarde
bordaba navajas en el pañuelo
del bucle infinito pijama de obsidiana
que dormía sobre el atlas
de las cejas de la nada, timbales de
asfalto repiqueteaban en la cópula
de los naúfragos de cartón piedra,
sexo quiábrico el del hueso del algoritmo
sobre la sábana
de los sábados de yodo
al margen del salmón disecado,
la risa del embrión del jueves
en el espejo de la graphitósfera
la tostadora de neblina que expulsaba
panes de humo hacia la aurora
de las vértebras desabrochadas,
ausencia de oxígeno que hervía
en la garganta del sillón de campánulas,

sello sílex de carmín
y lamía las costuras del mapa
pero descalzo iba hacia el campanario
de tuétano y tañía sobre el ombligo
de la ceniza de los martes
las venas de cera,
colgadero de esdrújulas que
balanceaba el hocico de la metamorfosis
entre dientes de luna,
llenaba el trapeador de jengibre
y limpiaba el esternón del adiós
mientras el polen de seda
tejía carreteras de incienso
en el omóplato del crepúsculo
cual cornisa de vinagre
que desbordaba hacia las axilas
del terciopelo caníbal
que devoraba sus propias costuras
de anémona, corcho de solsticio y nadaba
entre los cromos de la acidificación
de los párpados
de la madrastra de hielo,
la castaña de neón que reventaba
en la frente del estornino,
la hulla era un vestido de mostaza
que nunca se puso nadie
en la tarima de violeta deshilachaba
y los alacranes de glutamato discurrían
sobre la enciclopedia
de los intestinos de azogue
cual lata de murmullo

que abría sus costados de alquimia
sobre la cancha de los neumáticos
de vidrio, seda y agujero negro;

envolvía al peregrino de almidón
que caminaba sobre las uñas del desierto
dentro del yoga trípode
de sémola, sostén de la mirada del naufragio
de yogur mientras el ding dong
del pararrayos de mostaza
destellaba el verso libre
sin verso
y sin libertad,
el fósforo de silla que masticaba
el horizonte de los cartílagos
de la pizarra de ámbar,
cajón de sábanas de cuarzo que
albergaba al maniquí de ajo
que sudaba ortografía
sobre las huellas del
camello de neón, termómetro de azafrán
que medía la fiebre del pórtico
lleno de escarcha mientras la
barba de mermelada goteaba sobre el fémur
del calendario cadavérico de yeso
de los esdrújulos de heno,
y la cinta de cobre envolvía
al manubrio de las cejas de la patria
llenas de manteca de cielo de uranio
de sábana
de hígado

de trompeta
de escayola
de omóplato
de salmón
de cráter
de alubia canica
de turbante rodaba por las fosas nasales de la pizarra
de saliva mientras el
esqueleto de mantequilla
derretía bajo las teclas del piano de calcio
los ecos de la espuma de tungsteno,
linterna de membrana que iluminaba
la rótula del viaducto de cera de abejas
de los Andes,
de nuez
de hiel
de cuchara
de tungsteno
de remero
de espuma
de cartílago
de yeso
de vestíbulo
de espárrago
de alba
de trueno
de úvula de grafito
de persiana de cobre
de lombriz de berilio
la batidora de eclipse
se mezclaba con el tuétano del amanecer

cargado de yodo
de pezuña
de madriguera
de oxígeno
de violín
de sarro
de pizarra
de diente
de rocío
de nácar
de fósforo
de nardo
de escarcha
de vértebra
de sémola
de hervor
de encía
de espuma
de tráquea
de brea
de nube
de hilo
de fósil
de clavícula
de brezo
de aorta
de brezo
de andamio
de parpadeo
de alpaca
de muelle

de médula
de odre
de escotadura
de silicio
de persiana
de musgo
de perejil
de cornisa
de paladar
de tragaluz
de sutura
de ámbar
de tobillo
de aleta
de mercurio
de madriguera
de látex
de hachís
de corcholata
de epiglotis
de jazmín
de hollín
de cóndor
de telar
de cloro
de ombligo
de ceja
de alquimia
de estambre
de grafito
de murciélago

de marga
de viruta
de cráneo
de esquisto
de serrín
de soguilla
de escápula
de aserradero
de sátira
de pleamar
de golfanto
de sátira
de boqueada
de cianuro
de esternón
de granito
de alcancía
de neblina
de rótula
de arenisca
de madreselva
de calima
de mármol
de entresijo
de miga
de pórfido
de fusión
de melaza
de escamas
de estalactita
de cobalto

de cordura
de hollín
de médula
de sarro
de faringe
de yeso
de porcelana
de magnetita
de muela
de fosfato
de ventrícula
de caolín
de tuétano
de travertino
de cianuro
de granodiorita
de talco
de gabro
de glándula
de feldespato
de tobillo
de mica
de córnea
de diorita
de rótula
de bazo
de vértebra
de intestino
de cuarcita
de lutita
de omóplato

de ofita
de pelvis
de flysch
de tibia
de peroné
de dolomía
de húmero
de cúbito
de anhidrita
de metacarpo
de arcilla
de carpo
de limonita
de dedo
de turmalina
de uña
de cutícula
de circón
de granate
de cuero
de olivino
de serpentinita
de anortosita
de peridotita
de pegmatita
de lignito
de cuarcita
de evaporita
de halita
de anhidrita
de diabasa

de gabro
de diorita
de sienita
de anortosita
de kimberlita
de peridotita
de pegmatita
de carbón
de antracita
de sangre
de lignito
de linfa
de petróleo
de orina
de heces
de semen
de gneis
de esperma
de cuarcita
de leche
de bilis
de basalto
de sudor
de caliza
de lágrima
de dolomía
de saliva
de ofita
la yuxtaposición quimérica

del guante de cieno

y el espéculo de trigo
de los despojaderos del insomnio
del hervor de lo que no fue
ni será ni pudo
ni quiso ni supo
ni dudo de nada que no sea
la cadencia insensata
de lo inarticulable donde ni siquiera

la conjunción concatena
porque concatenar sería ya un acto de sentido
y aquí no hay sentido
ni suelo
ni cielo
ni dedo
ni adverbio
ni preposición
que no sea ella misma una piedra de sal enrollada
en la sábana de los neutrinos del ombligo
de la ausencia de centro de gravedad
del silencio que cuelga del gancho de la nada
del jueves de la madriguera del espéculo de ámbar
del cartílago del rocío del abismo
del reloj de manteca del péndulo
de sémola del minutero de heno
del segundero de ortiga
de la hora de la algarroba
del minuto de la calcita
del segundo de la brecha del instante
de la diatomita del parpadeo
de la dolomía del suspiro

de la marga del jadeo
de la caliza del bostezo
de la arenisca del estornudo
de la arcilla del sollozo
del limo de la tos
del yeso de la risa
del conglomerado de la carcajada
de la brecha de la sonrisa
de la turbidita del rictus
de la diatomita de la mueca
de la radiolarita del gesto
de la creta del mohín
de la marga del ceño
de la lutita del guiño
de la pizarra del parpadeo
de la filita del bostezo
del esquisto del suspiro
del gneis del jadeo
del migmatita del sollozo
del granito del estornudo
de la sienita de la tos
del gabro de la risa
de la anortosita de la sonrisa
de la kimberlita del rictus
de la peridotita de la mueca
de la pegmatita del gesto
del mohín del ceño
del guiño del parpadeo
de la turba del bostezo
del suspiro del esquisto
del jadeo de la pizarra

del sollozo del mármol
del parpadeo del petrimetre
sin embargo nada de esto es repetición
porque cada palabra
es un universo
que se desploma
sobre su propia etimología fracturada
y el adjetivo no modifica al sustantivo
porque aquí el sustantivo no existe

y el adjetivo es una andadura sin camino
y el verbo no conjuga porque conjugar
sería orden y el orden es la muerte
de lo que aquí pulula
entre la clavícula del espanto y el fémur
del bofetón meteorológico
donde el granizo se reía
de las cejas del banco de heno
de la tiza de la crisocola
del turquesa
del esmeralda
del aguamarina
del topacio
del citrino
del cuarzo ahumado
del rubí
del zafiro
del granate
del almandino
del espesartina
del peridoto

del zoisita
del clinozoisita
del titanita
del rutilo
del casiterita
del wolframita
del scheelita
del columbita
del tantalita
del uraninita
del pitchblenda
del torianita
del monacita
del xenotima
del apatito
del fluorita
del baritina
del celestina
del anglesita
del alabastro
del cristal de roca
del cuarzo amatistado
del cuarzo citrino
del cuarzo lechoso
del cuarzo rosado
del cuarzo ahumado
del cuarzo rutilado
del cuarzo turmalinado
del ágata musgosa
del ágata encaje de Battenberg
del sardónix

del prasio
del plasma
del heliotropo
del jaspe paisaje
del lapislázuli
del hauyna
del noseana
del lazurita
del surinamita
del sekaninaíta
del fuchsita
del mariposita
del cromita
del ilmenita
del hematites
del oligisto
del limonita
del goethita
del lepidocrocita
del siderita
del pisolito
del oligisto espático
del oligisto prismático ramificado

del hexagonal trigonal ortorrómbico monoclínico triclínico
isométrico cúbico octaédrico dodecaédrico
tetraédrico trapezoédrico hexaoctaédrico
tetrahexaédrico diploédrico holoédrico
hemiedro hemimórfico enantiomórfico
piezoeléctrico piroeléctrico ferromagnético
paramagnético diamagnético fluorescente

triboluminiscente termoluminiscente
catodoluminiscente radioluminiscente
quimioluminiscente bioluminiscente
sonoluminiscente mecanoluminiscente
cristaloluminiscente licoluminiscente
electroluminiscente fotoluminiscente
incandescencia luminiscencia del aire

y el oído que no escucha
es el oído del armario de los esqueletos
de la sal del mar
de los lunes
de los océanos de vinagre
de los huracanes de almidón
de los monzones de canela
de los alisios de comino
de los tramontanas de azafrán
de los sirocos de cúrcuma
de los levantes de pimentón
de los ponientes de paprika
de los mistrales de nuez moscada
de los bora de cardamomo
de los harmattan de clavo
de los jaliak de jengibre
de los chinook de anís
de los foehn de hinojo
de los zamundra de cilantro
de los haboob de coriandro
de los simún de macís
de los khamsin de cúrcuma
de los schirocco

de los tehuano
de los tehuatepeque
de los papagayo
de los cordonazo
de los leveche
de los chalecho
de los willy-willy
de los cobrú
de los furacán
de los furacão
de los hurricane
de los ouragan
de los orkan
de los uragan

y así el viento no es viento es una especia que sopla
sobre la lengua del vacío donde el paladar
saborea la geomorfología de lo que nunca fue
cordillera
porque las cordilleras aquí son
de ortodoncia y los valles son de flebología
y las mesetas son de nefrología
y las cuencas son de dermatología
y los cañones son de otorrinolaringología
y las grutas son de gastroenterología
y las cavernas son de neumología
y las simas son de cardiología
y los abismos son de proctología
y los volcanes son de ginecología
y los géiseres son de urología
y los glaciares son de reumatología

y los fiordos son de endocrinología
y los atolones son de oftalmología
y los arrecifes son de odontología
y las islas son de psiquiatría
y los archipiélagos son de neurología
y los continentes son de oncología
y los océanos son de hematología
y los mares son de inmunología
y los ríos son de farmacología
y los lagos son de toxicología
y los arroyos son de radiología
y las cascadas son de anatomía patológica
y los torrentes son de medicina forense
y los esteros son de medicina legal
y los pantanos son de medicina deportiva
y las lagunas son de medicina aeroespacial
y las albuferas son de medicina submarina
y las marismas son de medicina alternativa
y los humedales son de medicina homeopática
y las turberas son de medicina naturista
y los oasis son de medicina tradicional china
y los ergs son de medicina ayurvédica
y los hamadas son de medicina tibetana
y los regs son de medicina chamánica
y los pedimentos son de medicina antroposófica
y los wadis son de medicina ortomolecular
y los playgrounds son de medicina nuclear
y los bajos son de medicina hiperbárica
y los bancos son de medicina térmica
y los arrecifes son de medicina balneológica
y las barreras son de medicina heliomarinera

y los arrecifes de coral son de medicina talasoterápica
y los atolones son de medicina climática
y las islas de coral son de medicina de altitud
y los montes submarinos son de medicina de investigación
y las fosas son de medicina de urgencias
y las dorsales son de medicina de emergencias
y las fallas son de medicina de catástrofes
y las placas son de medicina de desastres
y las subducciones son de medicina humanitaria
y las obducciones son de medicina de guerra
y las colisiones son de medicina de paz
y las expansiones son de medicina de frontera
y las contracciones son de medicina de trinchera
y las fracturas son de medicina de asedio
y las cisallas son de medicina de sitio
y las fundiciones son de medicina de campo
y las erupciones son de medicina de campaña
y las intrusiones son de medicina de bolsillo
y las extrusiones son de medicina de chiripa
y los pliegues de cabalgamiento

todo se pliega y despliega
y repliega y apliega y suplica
y impliega y explega y complega
y perplega y reflexiega y intriega
y extriega y protege y reptege
y destege y estege y astege
y obstege y substege y superstege
y hiperstege y archistege y megaustege
y gigasteg y terasteg y ultrateg
y exateg y inateg y conateg

y perateg y abateg y obateg
y subateg y superateg y hiperateg
y archiateg y megaateg y gigaateg
y teraateg y ultraateg y exaateg
y yottaateg y zeptaateg y attoateg
y femtoateg y picoateg y nanoateg
y microateg y miliateg y deciateg
y centiateg y yoctoateg

y todo se ate y desate
y subate y superate
y hiperate y archiate
todo se yotta zetta exa peta tera
giga mega kilo hecto deca deci
centi mili micro nano pico femto
atto zepto yocto ronto quecto
todo es todo y nada es nada
y algo es algo y nada no es algo
la negación niega la afirmación
y la afirmación afirma la negación
y la pregunta interroga la respuesta
y la respuesta responde la pregunta
y la exclamación exclama la interrogación
y la interrogación interroga la exclamación
y el punto finaliza la coma
y la coma continúa el punto
y el punto y coma pausa el punto
y coma y los dos puntos enumeran los dos puntos
y los paréntesis encierran los paréntesis
y los corchetes contienen los corchetes
y las llaves abrazan las llaves

y la raya separa la raya
y el guion une el guion
y la diéresis diere la diéresis
y la cedilla cede la cedilla
y la tilde tilda la tilde
y el acento acentúa el acento
y el apóstrofo aposrtrofa el apóstrofo
y las comillas citan las comillas
y la barra barre la barra
y el asterisco asterisca el asterisco
y el ampersand ampersa el ampersand
y la arroba arroba la arroba
y el numeral numera el numeral
y el porcentaje porcentúa el porcentaje
y el tanto por ciento tan por cien el tanto por ciento
y la milésima milésima la milésima
y la millonésima millonésima la millonésima
y la billonésima billonésima la billonésima
y la trillonésima trillonésima la trillonésima
y la infinidad infini la infinidad
y la eternidad eterne la eternidad
y el tiempo tempora el tiempo
y el espacio espa el espacio
y la materia mate la materia
y la energía ene la energía
y la luz lu la luz
y la sombra som la sombra
y el sonido so el sonido
y el silencio si el silencio
y la palabra pa la palabra
y la letra le la letra

y el número nu el número
y el signo si el signo
y el símbolo sí el símbolo
y el mito mi el mito
y el rito ri el rito
y el logo lo el logo
y el eco e el eco
y el abismo abi el abismo
y la cima ci la cima
y el horizonte ho el horizonte
y el cenit ce el cenit
y el nadir na el nadir
y el orto or el orto
y el ocaso oca el ocaso
y el alba al el alba
y el crepúsculo cre el crepúsculo
y la aurora au la aurora
y la penumbra pe la penumbra
y la tiniebla ti la tiniebla
y la oscuridad os la oscuridad
y la claridad cla la claridad
y la transparencia tra la transparencia
y la opacidad opa la opacidad
y la translucidez tra la translucidez
y la iridiscencia iri la iridiscencia
y la fluorescencia fluo la fluorescencia
y la fosforescencia fos la fosforescencia
y la luminiscencia lu la luminiscencia
y la incandescencia in la incandescencia
y la candescencia ca la candescencia
y la descencia de la escencia

de la insencia de la asencia
de la usencia de la osencia
de la esencia de lo que nunca fue esencia
porque la esencia
esencia la esencia
y la existencia exis la existencia
y la subsistencia sub la subsistencia
y la consistencia con la consistencia
y la persistencia per la persistencia
y la resistencia re la resistencia
y la insistencia in la insistencia
y la desistencia de la distancia
de la asistancia de la presistencia
de la subsistencia de la autosistencia
de la antisistencia de la no-sistencia
de la sin-sistencia de la para-sistencia
de la meta-sistencia de la ultra-sistencia
de la supra-sistencia de la infra-sistencia
de la inter-sistencia de la intra-sistencia
de la extra-sistencia de la trans-sistencia
de la cis-sistencia de la pro-sistencia
de la retro-sistencia de la ante-sistencia
de la post-sistencia de la pre-sistencia
de la post-sistencia de la arque-sistencia
de la tele-sistencia de la epi-sistencia
de la apo-sistencia de la cata-sistencia
de la ana-sistencia de la sin-sistencia
de la dia-sistencia de la peri-sistencia
de la para-sistencia de la hiper-sistencia
de la hipo-sistencia de la macro-sistencia
de la micro-sistencia de la mega-sistencia

de la giga-sistencia de la tera-sistencia
de la ultra-sistencia y ya no hay más istencia
ni más ista ni más ismo

solo la carcajada del universo
que se ríe de su propia inexsistencia
existencia en el pliegue
donde ni siquiera el pliegue
puede pliegarse porque ya no queda nada
que plegar
ni desplegar
ni replegar
ni suplegar
ni implegar
ni explegar
ni complegar
ni perplegar
ni reflexiegar
ni refrieger
ni intriegar
ni extriegar
ni proteger
ni repteger
ni desteger
ni esteger
ni asteger
ni obsteger
ni substeger
ni supersteger
ni hipersteger
ni archisteger

ni megasteger
ni gigasteger
ni terasteger
ni ultrasteger
ni exasteger
ni inasteger
ni conasteger
ni perasteger
ni abasteger
ni obsteger
ni subasteger
ni superasteger
ni hiperasteger
ni archiasteger
ni megaasteger
ni gigaasteger
ni teraasteger
ni ultraasteger
ni exaasteger
ni yottaasteger
ni zeptaasteger
ni attoasteger
ni femtoasteger
ni picoasteger
ni nanoasteger
ni microasteger
ni miliasteger
ni deciaasteger
ni centiasteger
ni yoctoasteger
ni rontoasteger

ni quectoasteger
ni nada ni todo ni algo ni nada
ni todo ni algo ni nada ni todo
ni algo y eso es todo
de la nada
y nada
y nada
y nada

y eso es el poema
que no es poema
ni es nada ni es todo
ni es algo ni es nada
ni es todo ni es algo
ni es nada ni es todo
ni es algo y sin embargo
aquí está escribiéndose
a sí mismo en la tinta de su propia saliva
sobre el pergamino de su propia piel
sobre el esqueleto de su propia ausencia de huesos
sobre la carne de su propia inexistencia de músculos
sobre la sangre de su propia falta de venas
sobre el corazón de su propia omisión de latidos
sobre el cerebro de su propia carencia de pensamientos
sobre los ojos de su propia ausencia de miradas
sobre la boca de su propia falta de palabras
sobre las manos de su propia inexistencia de gestos
sobre los pies de su propia omisión de pasos
sobre el camino de su propia carencia de dirección
sobre el destino de su propia falta de propósito
sobre el propósito de su propia ausencia de sentido

sobre el sentido de su propia carencia de significado
sobre el significado de su propia omisión de significante
sobre el significante de su propia falta de significado
sobre el significado de su propia ausencia de significante
sobre el significante de su propia inexistencia de significado
y así hasta el infinito de los infinitos de los infinitos
que no son infinitos porque el infinito
no es finito
ni es infinito
ni es definito
ni es indefinito
ni es affinito
ni es inaffinito
ni es confinito
ni es inconfinito
ni es transfinito
ni es intrasfinito
ni es extrasfinito
ni es supersfinito
ni ispersfinito
ni intersfinito
ni intrasfinito
ni ultrasfinito
ni hipersfinito
ni isosfinito
ni megsfinito
ni gisgsfinito
ni tersfinito
ni exsfinito
ni petsfinito
ni zetsfinito

ni yotsfinito
ni ronsfinito
ni quesfinito,

y así el poema se traga
su propia cola como el uroboros
de la nada
y se desvanece en la tinta de su propia extinción
y ya no hay más que escribir
ni más que callar
ni más que existir
ni más que no existir
ni más que ser
ni más que no ser
ni más que parecer
ni más que no parecer
ni más que estar
ni más que no estar
ni más que hacer
ni más que no hacer
ni más que tener
ni más que no tener
ni más que poder
ni más que no poder
ni más que saber
ni más que no saber
ni más que querer
ni más que no querer
ni más que deber
ni más que no deber
ni más que caber

ni más que no caber
ni más que haber
ni más que no haber
y eso es todo
y eso no es nada
y eso es algo
y eso no es todo
y eso es nada
y eso no es algo
y eso es todo
y eso no es nada

Y sin embargo sigue y sigue
y sigue como un reloj
que no marca horas
porque no hay horas
ni minutos
ni segundos
ni instantes
ni épocas
ni eras
ni eones
ni milenios
ni centurias
ni décadas
ni años
ni meses
ni semanas
ni días
ni noches
ni auroras

ni crepúsculos
ni albas
ni ocasos
ni ortos
ni cenits
ni nadirs
ni horizontes
ni meridianos
ni paralelos
ni trópicos
ni círculos polares
ni ecuadores
ni polos
ni ejes
ni órbitas
ni rotaciones
ni revoluciones
ni traslaciones
ni precesiones
ni nutaciones
ni oblicuidades
ni inclinaciones
ni declinaciones
ni ascensiones
ni elongaciones
ni oposiciones
ni conjunciones
ni cuadraturas
ni sextiles
ni trígono
ni aspectos

ni tránsitos
ni eclipses
ni ocultaciones
ni pasajes
ni tránsitos
ni retornos
ni ciclos
ni saros
ni metones
ni calipos

Narrando lo innarrable
narrando lo no narrado
narrando lo que no se puede narrar
porque narrar es ya un orden
y el orden aquí se desordena
y el desorden se ordena
y el orden y el desorden
se desordenan
y se ordenan
y se desordenan
hasta que ya no hay orden
ni desorden
ni orden
ni desorden
solo la vibración del vacío que vibra
porque vibra
y no porque haya
algo que lo vibre
sino porque el vibrar
es su vibrar

y el vibrar vibra
y la vibración vibra
y el vacío vibra
y el vibrar vacía
y el vacío vibra
y el vibrar vacía
y el vacío vibra
y el vibrar vacía
y el vacío vibra
y el vibrar vacía
y eso es todo.

ES TODO.

Mano Izquierda Editores